

RELATO POPULAR DE AQUÍ Y DE ALLÁ

TATIANA ESMERALDA REGALADO ZAMBRANO
LYDA MAGALY SILVA CALPA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2008

RELATO POPULAR DE AQUÍ Y DE ALLÁ

TATIANA ESMERALDA REGALADO ZAMBRANO
LYDA MAGALY SILVA CALPA

Trabajo de Grado
presentado como requisito parcial para optar el título
de licenciadas en filosofía y letras

Asesor:
Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2008

Nota de aceptación:

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, mayo de 2008

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en la tesis de grado son responsabilidad exclusiva de sus autores”.

Artículo 1 del acuerdo No 324 de Octubre 11 de 1966, emanado del honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

DEDICATORIA

A mi madre Teodolinda Zambrano, por su apoyo absoluto; a mi hermana Mariana Regalado, por su tiempo y comprensión; a mi hijo, por su amor y espera.

Tatiana

DEDICATORIA

A mis Padres Ángel e Isabel, por su infinito y profundo amor; a mis hermanas, por su ayuda incondicional, a mis hijas Carolina y Viviana, la razón de mi vida; a Aldemar, el artista de mis sueños.

Lyda Magaly

AGRADECIMIENTO

A Dios, el autor de nuestro relato de vida.

A la Universidad de Nariño, por brindarnos el conocimiento.

Al Magister Gonzalo Jiménez Mahecha, por su paciencia, apoyo, comprensión y su gran amistad.

A los Narradores de Anganoy, por su cariño y confianza.

A Dubbynn Aldemar Cáez Botina, oriundo de Anganoy, por su colaboración incondicional, destacando la realización de los gráficos, como aporte para este trabajo de investigación.

A todos aquellos que directa o indirectamente contribuyeron al resultado de este trabajo.

RESUMEN

La realización de este trabajo de investigación sobre tradición oral y relato popular, se fundamenta en narraciones que hacen parte del imaginario colectivo, de los habitantes de Anganoy, narraciones que se crearon como una explicación del mundo y sus fenómenos, que enriquecen el saber cultural, a través de la inspiración y la imaginación.

Las tradiciones orales y los relatos populares de Anganoy son relevantes, ya que dentro de ellos se encuentran testimonios anteriores, formas de vida, experiencias cotidianas y extrasensoriales, algunos utilizados como medios de enseñanza; algunos otros han sido sustituidos por la oralidad secundaria de los medios de comunicación.

Determinados habitantes del sector dan vida a la palabra a través de anécdotas propias o ajenas, con el fin de ser escuchados y transmitir cierto tipo de valores y formas de ver la vida; sin embargo, muy pocos acatan este tipo de enseñanzas.

Estos relatos populares y de tradición oral, retomados y reconstruidos de manera atractiva y teniendo en cuenta la riqueza de su contenido, pueden aplicarse en ambientes desescolarizados, como también en contextos pedagógicos.

ABSTRACT

This search work about oral tradition and tale folk is based on Anganoy's collective imaginary narrations, created as a world explanation and its phenomena, narrations that enrich cultural wisdom by means of inspiration and imagination.

Anganoy's oral tradition and folk tales are eminent because they enclose earlier testimonies, life ways, daily and extrasensory experiences, some used sometimes as teaching means; other replaced by mass media secondary orality.

Some Anganoy's inhabitants give life to word by means of own and another's anecdotes in order to be listened and to transmit some kind of values and ways to see the life; nevertheless, this kind of teachings is accepted in a small degree.

These folk tales and oral traditions, remade and reconstructed in such a way that they were attractive and taking into account their contents, could apply to no-scholastic environments as pedagogical contexts too.

KEYWORDS

- Anganoy (Anganoy)
- Education (Educación)
- Folk Tale (Relato Popular)
- Literature (Literatura)
- Oral Tradition (Tradición Oral)
- Teaching (Enseñanza)
- Writing (Escritura)

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	12
1. ANGANOY	15
2. RELATO POPULAR Y TRADICIÓN ORAL DEL BARRIO ANGANOY	19
2.1. VIDA	19
2.2. APRENDER A SER MEJOR	21
2.3. LA CUESTA	23
2.4. LA IGLESIA DE SAN FELIPE	24
2.5. ME ACOMPAÑA EL MIEDO	25
2.6. CURIQUINGA	27
2.7. HISTORIAS DEL TÍO EUCLIDES	28
2.8. LUZ Y SOMBRA	32
2.9. LA ENDUENDADA	34
2.10. LA CASAMENTERA	36
2.11. ME VIGILAN	42
2.12. CÓMO AHUYENTAR A LA VIUDA	43
2.13. EL CALLEJÓN	44
2.14. CAVANDO, CAVANDO	45
2.15. DONDE YO VIVÍA	48

2.16. EL SOLIMÁN	49
2.17. ENTRE CHARLAS	50
2.18. LA VIUDA Y SUS ANDANZAS	52
2.19. EN COREA APRENDÍ A CURAR	53
2.20. LAS COLUMNAS DE LA IGLESIA DE ANGANOY	55
2.21. CARRETERA AL GALERAS	56
2.22. TODO TIEMPO PASADO...	58
2.23. EL AMBICIOSO	60
2.24. LA CUEVA	61
3. CONCLUSIONES	66
4. BIBLIOGRAFÍA	78

LISTA DE FIGURAS

	Pág
Figura 1. El viejo de la pila	18
Figura 2. Vivienda de Anganoy	19
Figura 3. El duende	21
Figura 4. Mujer mula	30
Figura 5. Luz y Sombra	34
Figura 6. Quebrada Mijitayo	35
Figura 7. Doña Clara	43
Figura 8. Casa de la Beata	46
Figura 9. Iglesia de Anganoy	56
Figura 10. Hombre en el antiguo Anganoy	60
Figura 11. La Cueva	65

INTRODUCCIÓN

En las comunidades se encuentran relatos con unos principios que emergen para intervenir en formas de educación en las familias o en los grupos por donde transitan o, más bien, se establecen los relatos como medios educativos, exploran las habilidades de los receptores, los llevan a interpretar el mundo, de manera informal, sin necesidad de libros que los orienten; igualmente, incentivan su capacidad creadora, al escudriñar lo más subjetivo de su ser.

De algún modo, los narradores orales asumen el papel de educadores; así, el que relata se remite a su conocimiento empírico, ideológico y de concepción del mundo, verbaliza y construye tramas que entretienen, llevan a entender otras culturas y toman roles determinados frente a un hecho.

Hoy por hoy, se observa que algunas personas que escuchan variedad de narraciones, bien sean niños, jóvenes o adultos, no utilizan estos conocimientos para su vida práctica, quizá porque no se les da la importancia que ameritan estos relatos educativos, como se tenía en épocas pasadas.

Por ello, se hace necesario considerar al relato popular y a la tradición oral como medio educativo desescolarizado (pero fundamental en la escuela) y como estrategia educativa para todas aquellas personas que se integran, de manera directa o indirecta, con quienes proporcionan este tipo de conocimiento.

Se pretende utilizar el relato popular y la tradición oral, como medio de enseñanza para dar a conocer la diversidad de saberes que encierran, y que aparentemente pueden resultar triviales pero, en su profundidad, se puede encontrar la riqueza de su contenido cultural, histórico, social y epistémico, además de testimonios del mundo que va desapareciendo.

Se hace necesario recurrir a las fuentes orales, que son una rica veta para la investigación educativa, ya que este medio permite reconstruir el pasado para producir significaciones en el presente y así conocer aspectos y saberes de la vida social.

La historia oral de hechos populares enfatiza en el pueblo, en la cultura y la vida cotidiana; es un conocimiento que se desarrolla al margen de las instituciones de enseñanza; sin embargo, puede utilizarse en procesos escolarizados a nivel formal.

Es fundamental hacer de la oralidad una herramienta, como apoyo educativo para los docentes que se interesen en los relatos de tradición oral, como una nueva alternativa pedagógica.

Con esta investigación se trabaja un acercamiento a la diversidad de relatos que deambulan de una u otra manera en el saber popular y hablan de otra forma de existencia, que invita a deliberar cómo se vive la vida actual, para luego reconstruir su palabra, embellecerla, hacerla seductora para el lector; del mismo modo, extraer su significado pedagógico para entender cómo los abuelos, los padres, los tíos se valían de relatos para transmitir sus historias, sus costumbres, pronosticar el futuro, mejorar o corregir un comportamiento. Estos relatos, contados alrededor del fogón o en cualquier otro sitio, fortalecen los lazos de convivencia y ofrecen ambientes agradables y también didácticos.

En forma similar, se intenta hacer un estudio de interpretación y búsqueda del significado de los relatos populares y la tradición oral trabajados, apreciar el valor de los símbolos en la cultura, para escudriñar y entender su esencia.

Este ejercicio de investigación no lo adelantan unos profesionales, pero se hace con el máximo rigor para entregar algo de calidad, para que posteriormente sea aplicable, tanto en lo cotidiano como en diversos procesos educativos.

Para su aplicabilidad se realizará la socialización de esta investigación en el Colegio Marco Fidel Suárez, extensión Anganoy; dirigida a la comunidad para dar a conocer la importancia del relato popular y la tradición oral como medios formativos que a su vez estimulan la fantasía, recrean el subconsciente, remueven lo subjetivo en lo humano, invitan a la reflexión espontánea, estimulan al oyente, e invitan a reconocer el valor de la palabra de sus padres, abuelos y vecinos quienes asientan algo de sí mismos en las palabras ya por ellas circulan las emociones, las inquietudes y los sueños de quien las emite.

En el desarrollo del trabajo se utilizaron diferentes metodologías, como la selección del lugar específico para la realización del trabajo de campo, con el fin de recopilar relatos populares y tradiciones orales, que posteriormente se

seleccionaron y reconstruyeron en forma literaria. Así mismo, la búsqueda de fuentes bibliográficas sobre pedagogía, hermenéutica y literatura permitió realizar los análisis respectivos. Además, se tomaron diferentes fotografías del sector, como de algunos relatores, con lo que se realizaron ilustraciones, para hacer de este trabajo un compendio mayormente artístico y atractivo.

El docente tendrá la oportunidad de contar con un compendio propio de un sector de la cultura pastusa para llevar al salón de clase, y no se verá en la necesidad de acudir a mundos extraños para el desarrollo de las actividades correspondientes. De igual manera, el estudiante alimentará su saber con lo propio de su región.

En fin, este informe de investigación contiene la siguiente temática: un relato sobre la historia de Anganoy, narraciones populares y de tradiciones orales de sus habitantes, reflexiones, análisis y conclusiones, que permiten un acercamiento a la cultura.

Las ilustraciones del trabajo las elaboró Dubbynn Aldemar Cáez Botina, oriundo de Anganoy, a quien se le agradece infinitamente su colaboración.

1. ANGANOY

En un estratégico lugar se formó un pintoresco caserío rural llamado Anganoy (nombre que se recogió del quechua y significa nido de buitres), dispuesto en las faldas del eterno guardián de la “ciudad sorpresa de Colombia”, el Volcán Galeras, su amigo, su padre dador, testigo de cada generación.

Cuentan los abuelos que, en tiempos pasados, el Galeras permanecía nevado y esto lo aprovechaban los nativos para sobrevivir, pues de allí traían el hielo y el azufre para vender en la ciudad.

La Colonia Anganoy fue una encomienda, que aún resuena en las memorias de sus habitantes, la corona española, se encargó de reagruparlos en 1586 y arrasó gran parte de sus costumbres. Jamás se pensó que su metamorfosis lo llevaría a ser un cabildo, como aún sigue presente en la madura memoria de don José*: los representantes eran elegidos por medio del voto popular, y de acuerdo a esto se nombraban los cargos de alcalde mayor, alcalde segundo, corregidor uno, corregidor dos, corregidor tres, alguacil mayor, alguacil segundo, un fiscal y veedor; esto se hacía para que se conserve el orden y la armonía; la alcaldía municipal era la encargada de entregar la principal vara de justicia, hecha exclusivamente de chonta, al alcalde mayor, que con el apoyo del comité de elegidos, mantenía el orden y vigilaban toda la comunidad de Anganoy.

En el cabildo, cada uno de sus habitantes poseía un terreno adjudicado por el resguardo; este no podía ser vendido, sólo se utilizaba para el cultivo y la subsistencia, y para ser partícipe de un predio debía cumplir con usos y costumbres de la comunidad, como formar parte de las fiestas decembrinas, tener ya veintiún años para ser mayor de edad, estar listo para trabajar y remediar las necesidades de la iglesia o arreglo de caminos vecinales.

Con el tiempo, llegó la propiedad privada y cada dueño debía sacar la escritura, que la daba el Ministerio de Agricultura, y fue así como al campo lo absorbió la devoradora ciudad; hoy irrumpe el cemento sobre la faz que fecundaron los campos de agricultura, desdibujando el historial de las fértiles tierras guerrilleras de Anganoy que un día, por su estratégica posición geográfica, fue muy bien

* José Félix Tulcán Pupiales, edad 70 años, oficio barbero, escolaridad primaria, Líder grupo tercera edad, Anganoy.

aprovechada por las guerrillas pastusas para defenderse y a la vez atacar a quienes miserablemente los agredieron.

Entre un vanidoso suspiro, don José refiere que Anganoy definitivamente hace honor a su significación porque en verdad ha sido el refugio del valor, la gallardía y la fuerza del pastuso, como confirmación de la heráldica ancestral. Él tampoco olvida que Anganoy dio a luz al militar de guerra y defensor de la causa realista, Agustín Agualongo quien, con un numeroso grupo de indígenas y sectores populares de Pasto, y con su mandato: “¡Un palo al jinete y otro al caballo!, ¡y el chuzo al estómago!”; derrotó plenamente a Juan José Flórez y a su gente en las estribaciones de Anganoy, en defensa de la supervivencia de nuestra raza y en contra de las costumbres inculcadas por parte de los sectores clericales dominantes.

Los españoles arrasaron con sus espadas parte de la cultura ancestral, como las fiestas de solsticio de invierno y verano, relacionadas con la abundancia o escasez, con la siembra y la cosecha, todo conectado con el Tata Inti (dios sol), y la Pacha Mama (madre tierra).

Aun sin rendir cultos, las gentes laboriosas añoran ver cómo en las huertas y parcelas germinan los cultivos. Muy temprano se aprontan instrumentos rudimentarios y modernos para la agricultura: chuzo de madera, cutede, azadón, arado de hierro y algunos usan el tractor; llevan a sus niños y mujeres o contratan peones para la cosecha, que representa el diario sustento, y así poder llevar a casa el fruto de sus sudores.

No hay que olvidar que las mujeres, con su pujanza y consagración, se dedicaban a la crianza de ganado en forma rudimentaria, de cerdos en marraneras o en campo abierto, de ovinos, que les permitía tener su propia industria de lana, con la que realizaban todo el proceso de transformación para luego en la guanga, elaborar ruanas, cobijas, sacos, bufandas y rebozos o refajos, que algunas mujeres hasta hoy utilizan a manera de enaguas. Hoy, estas formas de sustento han cambiado: la mayoría de la gente sale a trabajar a la ciudad y pocos se dedican a las labores del campo.

Desde la llegada de los españoles, se profesó la religión católica; con mucho rigor, se asistía a actos eclesiásticos; estas creencias son evidentes, en la capilla, con imágenes de tallas coloniales, en las casas repletas de santos y fincas con grutas para las imágenes. Tan grande será la fe que, en la plaza principal, se encuentra la imagen de la Inmaculada Concepción, que cuida y vigila sus andariegos pasos;

hoy en día, son pocos los que creen en esto, porque los jóvenes de ahora ya no van ni a misa, a pesar de que ahora cuentan con su propia parroquia, que se construyó con el esfuerzo de los oriundos de allí, como los Botinas, los Barrera, los Meneses y los Tutistar, que dejaban las labores de la casa para colaborar con el acarreado de madera y la construcción de la capilla en tapia y piso de ladrillo; los altares menores los regaló la familia Tutistar, quienes, por la violencia política entre liberales y conservadores, se vieron obligados a salir de Anganoy y trasladarse a Sandoná, Nariño, donde viven en la actualidad.

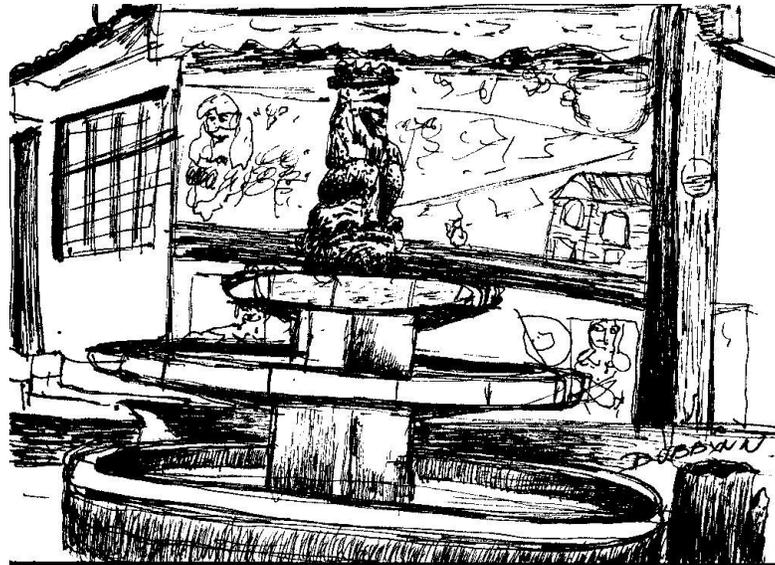
La iglesia quedó bien hecha, porque dentro de ella hay variedad de Santos, de la época colonial, en madera, dibujos y pinturas en la pared, estos últimos realizados por un habitante de Anganoy que tenía relación con los españoles, llamado Arístides Cucardo. En este momento, las pinturas han sido repintadas y restauradas y, de la misma manera, se hicieron en la parte trasera del templo algunas piezas con loza o terraza. Los pisos de la iglesia fueron, posteriormente, adornados con baldosa y esto con la colaboración de la primera junta de mejoras, de la cual era presidente el señor Alfredo Arcos, Ángel Meneses, Anselmo Barrera, Florentino Botina, y el párroco de ese momento Célamo Guerrero, entre otros. Hoy los actos religiosos y funerarios los dirige la junta eclesiástica y, cuando hay algún difunto, se tocan las campanas, para hacer el llamado a la santa misa; la mayoría asiste con reverencia y acompañan hasta el cementerio del pueblo, que antes estaba adecuado a un lado de la capilla; luego lo trasladaron más arriba, entre Anganoy y San Juan de Anganoy, donde se encuentra actualmente.

De niño, dice don José, “solía acompañar a mi abuela a traer agua, porque, en 1960 no había acueducto sino las famosas pilas o chorritos de agua, como la del viejo de la pila: la estatua resguardaba el agua, tenía un tubo en la boca del que manaba este líquido y todos acudían con aguamaniles y pilches a su encuentro. Esto no se lo debemos a mis paisanos, sino a un negro esclavo, muy querido por los españoles e instruido por ellos en la lectura y escritura, aunque antes esto era prohibido; por eso él, en agradecimiento, elaboró el tallado en piedra de un viejo y una vieja, denominados la vieja de la pila y el viejo de la pila; este último corresponde a la escultura que por muchos años presidió, desde su pedestal en el parque Nariño, las faenas diarias de las mujeres pastusas que hasta ese sitio iban a traer el agua para el consumo diario; luego lo llevaron a la plaza de San Andrés, donde permaneció un tiempo más y gracias al Doctor Montezuma, alcalde de Pasto, fue traído y colocado al frente de la capilla de Anganoy”.

Cuando se hizo el acueducto, este monolito estaba abandonado; por eso decidieron guardarlo en la casa de la Señora Emperatriz Tabla; sin embargo, toda la gente decía: “dónde está nuestro viejo”. Por eso, posteriormente, y con la

colaboración de la Universidad Mariana, se colocó nuevamente en la plaza de Anganoy el viejo de la pila con una bella fuente luminosa; luego, por el descuido, la quitaron y la colocaron en un extremo, donde se encuentra, hoy en día, como un monumento abandonado y olvidado por sus habitantes. Algunos, valorando su significado, buscan medios para su restauración.

Figura 1. El viejo de la pila



Anganoy, el pequeño pueblo de casitas apretujadas, guarda en su historia datos interesantes; como por ejemplo: la cadena a manera de peaje, donde se cobraba un impuesto, a la gente que venía desde Consacá, con sus recuas, mulas y caballos cargados de cosas para vender en Pasto; los comerciantes pasaban tranquilamente sin importar que los pajonales ardían por las erupciones del volcán.

Las casas del antiguo Anganoy eran grandes, sólidas, hechas en adobe, con techos cubiertos de paja, elaborados por ellos mismos; después las pajas se reemplazaron por las tejas y el frío cemento; hoy algunas con sus fachadas arquitectónicas crean una ruptura en el campestre panorama.

Las estufas eléctricas pasaron a formar parte de las cocinas; pero, a pesar del desarrollo eléctrico, en algunas casas aún se conservan los fogones de leña, alrededor de los que chillan y pasean los cuyes y conejos, y desde donde las abuelas aligeran sus quehaceres y comparten sus historias.

2. RELATO POPULAR Y TRADICIÓN ORAL DEL BARRIO ANGANOY

Anganoy, además de ser un nido de buitres, es también nido de relatos atrayentes y formativos. Hay narradores de diferentes estilos: algunos cuentan por corregir actitudes y sembrar valores, otros por mantener la palabra viva y algunos otros sólo por el gusto de ser escuchados.

2.1 VIDA

El paso inquieto se enredaba entre las piedras, el recorrido imponente de los buses elevaba una espesa polvareda, a manera de una piel constante y los zapatos perdían su color. En la mente transitaban algún respeto y confusiones de imágenes extrañas al observar el caserío compuesto por casonas de añejas tapias, con tejas forradas de un verde musgo, puertas desgastadas de madera que regresaban en el tiempo y permitían descubrir al viejo Anganoy desdibujado ya por las modernas casas de ladrillo, de cemento, de fuertes puertas de hierro y algunas calles recubiertas de asfalto... ¿Cuántos relatos podrían encontrarse en medio de ese conjunto de casas, calles y personas que, al pasar, saludaban con extrañeza?

Figura 2. Vivienda de Anganoy



La caminata continuaba por la empinada ruta escarpada, que llevaría hasta la vieja casa de doña Victoria*. Al pasar el umbral, el tiempo retrocedió unos cuantos años atrás; todo el lugar era cómplice de un espacio dormido, desde esa sala de rústicas y duras butacas con sus paredes atiborradas de santos, con sus desgastados, toscos y empolvados marcos antiguos, que corroboran la creencia en lo divino: la Dolorosa, la Virgen de las Lajas, San Antonio, San Sebastián, el Niño Jesús, el Señor de la Sentencia, Santa Rosa de Lima, Nuestra señora de las tres Avemarías, el Señor del Consuelo, santa María Magdalena, el Señor de la Buena Esperanza, el Señor del Río y otros más. La presencia de doña Victoria y la nuestra daba paso a una fusión de tiempos; ella, que se resiste a modernizarse, se develaba esto en su vestir, ataviada aún con un follado raído y pañolón, testigos de épocas pasadas, y el contraste de nuestra vestimenta como muestra del paso del tiempo.

Cada decisiva palabra de la señora transportaba a esas tardes calurosas de extensas charlas con los abuelos, cada frase convencía de esa oscura realidad, de ese mundo caótico, que en el momento era real, que convertía a los visitantes en testigos de espectros que, aunque no sean perceptibles a la vista, se siente su presencia en cada movimiento de sus labios. Y, en su relato, ella decía:

“Antes había un arenal donde íbamos con nuestros papacitos; ellos cargaban, por la cuesta de Anganoy, varios bultos de arena hasta llegar a la casa; esta arena nos la regalaban, ya que antes no existía la envidia, ni se mezquinaba. Los niños obedientemente trabajábamos duro, a la par con los papás.

En aquella finca, el cueche salía en todo su esplendor y contaban nuestros papitos que al final de él reposaba un perol grande repleto de oro que jamás sería de nadie, porque frente al arenal había tres chorros de agua, donde un chiquito zangoloteaba alegremente su cuerpo, pasando de un chorro a otro y cuidando celosamente su tesoro.

Este bonito niño de sombrero grande, cabello ensortijado, ojos azules, de una rara belleza y con los pies hacia atrás, jugaba con nosotros todas las tardes en el arenal. Era coqueto y enamoradizo; su gusto eran las niñas de cabellos claros, ojos azules y voz agradable; de encontrar alguien así, la perseguía intensamente hasta hechizarla, dándole detalles de buenos capachos que, al descubrirlos sus papás y hermanos, no eran más que simples cagajones de estiércol de caballo; pero, ante los ojos de la enduendada, eran bonitos regalos.

* María Victoria Botina Barrera, edad 76 años, oficio curandera, escolaridad primaria, Anganoy.

Figura 3. El duende



Los padres, en su desesperación, acudían donde el sacerdote del pueblo, a quien le referían el mal de su niña, ya que solamente un ritual hecho por él, podía salvarla. Así, la niña jamás regresaría a corretear al chorro”.

2.2 APRENDER A SER MEJOR

La severidad del relato de doña Victoria se combinaba con el suave olor de las tradicionales tortillas, que se hacían en la callana. Sus palabras atestiguan la crueldad de los castigos, con palos, con rejos, con cabestros. Se creía que esta era la forma perfecta de inculcar valores y buenas enseñanzas ¡Qué bueno no haber vivido en esa época!... Doña Victoria refería su anécdota.

Los papacitos antes le inculcaban mucho a uno el buen comportamiento, sobre todo la honradez. Yo me acuerdo cuando, yo era moquitlinga todavía, he de 'ber tenido unos ocho años, tenía que tender la cama, porque a esa edad hacíamos harto oficio, ¡era jodido, no! Y en esas me encontré dos centavitos, dos centavitos no más eran, y yo salí corriendo contentísima a la tienda de misia Marina.

Mientras tanto, el imaginario trasgredía el tiempo, la oscura y pequeña tienda, con andamios y vitrinas de madera descolorida, en los que había los tradicionales dulces: melcochas, bombones de panela, pirulitos, colaciones, berlinas, confites de anís, rascabuches, allullas, pambazos y contadas botellas de La Cigarra, y en el último estante del andamio azul trompos y canicas, el divertimento de los antiguos niños de pantalón corto de tirantas y con sus mejillas cortadas por el frío y el polvo.

Las palabras de doña Victoria aparecían más nítidas:

Compré dos bombones de panela y dos pambazos, porque antes la plata sí alcanzaba para comprar varias cositas.

Mis dulces los compartí con mi mamita y mis hermanas, pero la alegría me duró muy poco porque mi papacito, muy bravo, me preguntó que con qué plata había comprado esos dulces; entonces yo le dije que al tender la cama me había encontrado dos centavos entre las cobijas. Entonces él me dijo: ¡Me los trae ya mismo, porque esos eran míos! Yo, chiquillita, me quedé callada, y mi mamita dijo yo ya le tengo dicho a ella, castíguela porque más tarde se enseña a mal y quién se la va aguantar traviesa y ladrona.

Venga, me dijo mi papá, me quitó lo que tenía, me agarró de la mano, me alzó las mangas del saco y, como antes se cocinaba con candela, me hizo raspar el rescoldo del fogón.

El fluir de las palabras de doña Victoria traía consigo un monstruo sin razón, sin corazón, con el alma tan negra como para causar daño a su pequeña:

¡Ajá, m'hijita!, ¡así como cogió los centavos ahora aguante!

Mis manos ampolladas y con hartísimo dolor no me permitían ayudar en el oficio de la casa. Lloré toda la tarde sin consuelo, estuve como quince días con mis deditos reventados y mi mamita lloraba conmigo.

El amor, entrelazado con lo brutal y la dureza de las enseñanzas, era algo normal; no quedaban rencores, venganzas, odios o secuelas de rebeldías. El castigo era una regla, una ley, una norma de vida; las marcas eran el rótulo para ser mejor. En sus ojos se leía el amor y la enorme gratitud hacia sus padres, al reconocer que:

por eso se respeta lo ajeno, por eso será que uno es así, bien honrado.

2.3 LA CUESTA

Si se pudiera regresar a esas épocas, caminar con esas gentes, ver su vestimenta, mirar lo que hacían, cómo se expresaban, como analizaban las circunstancias, en qué creían, qué clase de rituales utilizaban en cada una de sus actividades, cómo veían la vida, cómo enamoraban, cómo se convidaban unos a otros... Esto que se hace es un acercamiento a lo que fueron; pero si se pudiera graduar la distancia y aproximarse más a ellos, poder abordarlos, dialogar sería delicioso; se cumpliría el deseo del hombre de todas las épocas, volver en el tiempo, mirar quién se ha sido y quién se va a ser. En esta búsqueda, se deja oír la voz de doña Victoria:

Su actitud autoritaria y su vestimenta describía al cacique de otros tiempos, sus manos fuertes, endurecidas declaraban largas jornadas de trabajo con pala y azadón, sus alpargatas recorrían vergeles y sembradíos en su chagra, que engrandecía su espíritu en cada cosecha.

Aprendió a interpretar los designios de los astros, a sembrar en la estación precisa, a utilizar a la luna para contarle sus secretos y a usar el guarapo como el fiel aliciente de sus desdichas, penas que también compartía cada viernes con su compadre Higinio. Esa noche no supo cuántas horas rodaron sobre él, pero el cansancio, que era más fuerte, lo obligó a regresar.

Por los tantos mates de guarapo que bebió, iba aletargado, enlagueado; emergía a su rancho entre la penumbra, no recordaba claramente las etapas de su regreso, pero sí el ruido ensordecedor y la imagen de una preciosa mujer que lograba hipnotizarlo con su perfecta belleza; se le acercaba sigilosamente mostrando sus magnéticos encantos que, de manera fugaz se transformaban en un horror fantasmal de vieja desdentada, con rostro de caballo y afilados colmillos.

El miedo ensombreció su corazón, la sobriedad le hizo ver el duro porvenir de la desdichada viuda solitaria que deambula por la cuesta de Anganoy en cada noche.

Notó que el alba había llegado a esa cuesta cenagosa que inútilmente trataba de abandonar, pues esta fuerza inexplicable lo abrazó y sintió en el pecho un doloroso latido, su voz dejó escapar un débil murmullo de oración, que fue su broquel.

Cuando ya eran las siete de la mañana, Clodomiro llegó a su rancho, sobresaltado, con todo su cuerpo lleno de moretones y sin ánimos de volverse a chumar...

2.4 LA IGLESIA DE SAN FELIPE

Ascienden por los muros de la iglesia, movimientos, situaciones, la muerte y su espectáculo que marca también los meses y los días y marcha inquieto el tintineo de las campanas, que acogen las voces pasajeras que acentúan las realidades impalpables de las que se es presa; pensar en una noche de encierro entre murales, columnas y cóncavas iconografías, flores y telas negras que envuelven algo sobrenatural, y el compás del silencio insiste tan siniestro, escalofriante; la misma agitación hunde en el instante del sueño, se sienten las voces de aquellos que azotaron sus pecados y purgaron su alma al esparcir su sangre en las albas paredes... En esta atmósfera sigue la voz de Doña Victoria:

El trabajo empañaba la infancia, los días eran grises y las necesidades mayores; los juegos: tope, congel, el rey manda, las escondidillas, se suplantaban por los quehaceres de los adultos.

María y Lucía perdieron sus años infantiles entre las gigantescas columnas que sostienen la iglesia de San Felipe; dos exploradoras perdidas en un inmenso paisaje nebuloso; oficio, aquí y allá, difuminados entre juego de niñas entre merodeos.

Los vitrales adquirían grandes proporciones y movimientos; no sólo había imágenes sino también voces que traían actos de otros tiempos, gritos, quejidos y largos silencios. Era curioso presenciarlos, entre la razón y la sinrazón, entran a estados alterados de conciencia... ahí, estaban sumisos, callados transforman sus culpas en sangre, arrancan de sus cuerpos la culpa, tratan de perforar un lugar en el cielo, con cada herida.

A unos cuantos pasos el cuarto de ellas, a un extremo del zaguán, las puertas cerradas, lejano, perdido entre la tenebrosidad, entre los jardines se vislumbra la vaga silueta de una imagen indecisa, perfiles de peligros y abismos, ojos rojos, grandes cachos, pelos de buey; patas de mula, gira por la fuente del Señor del Río. El miedo carcomía los cuerpos y un grito insospechado que pronuncia sus nombres impidió mirar el sino de aquel espécimen.

Fusión de miedos, la realidad vuelve, la sotana oscura las apabulla, en sus rostros la palidez absoluta revela su caída y su resignación. Descubiertas, llevadas a los más duros juicios que asignan espinosos castigos, arrojadas a la desdicha, débiles sin estancia, sin labor que cumplir. María y Lucía volvían a ser esas mujeres que se echan a su suerte, con la intención de no escudriñar el misterioso cuarto de los azotes.

2.5 ME ACOMPAÑA EL MIEDO

Dicen que existe el bien y el mal, se cree en los misterios. Cantidad de personas afirman haber visto cosas en su vida: sombras, bultos, imágenes informes, espejismos fantasmales que surgen como oleadas marítimas o como potencias terrenales o extraterrenales.

Aparecen de repente y buscan algo, tal vez un descanso. Al ser invocados, se deslizan, llegan por el espacio abierto para ellos, preparado para ellos, ritualizado para su estancia, su llegada, su presencia.

Espantan por un instante y tal vez se quedan en los rincones; cuando alguien se acerca se han escabullido al plano que no se reconoce con los ojos de humanos; mientras están, siente su presencia.

Se oyen sus susurros, percibe su suave aleteo, su mirada vigilante, proponen cercanías, erizan todo, acentúan el indescriptible miedo, lo paralizan todo; pasan como zumbido en derredor. Luego, al convertirse en carcajada voraz, descoordinado, se apodera de una débil permanencia en la tierra.

En el propio cuerpo, se instalan ahí, aquí muy dentro, no quieren salir, se abandonan a una persona, son ella misma, actúan ahí, atemorizan, detienen, inutilizan, impiden ver el mundo tal cual es.

Son parásitos, son las voces que hablan mientras se acallan en las preguntas. Son un propio e insistente terror, ¿se es acaso una sombra o un espejismo?

Los demás quieren leer en los ojos aletargados, indecisos, perplejos, huidizos, que se ocultan para no ser descifrados. Los otros no entienden que ellos habitan, manejan, pisotean y quebrantan.

Reclaman un sitio o un momento justo para manifestarse: cuando se hace oración, cuando se lee la Biblia o se hace una buena acción, surgen como fuerza viva que permanece, fuerza infranqueable que arrasa el sosiego; no quieren alejarse, perturban la personalidad, nadie cree en nadie, los pocos que escuchan se sienten aterrorizados.

En cada recuerdo, en cada ocasión este fantasma ennegrece todo lo que ve, todo lo que se ve se aleja, alimenta adversidades, cosecha depresiones y amarguras, somnolienta lucha, diurna y nocturna. Ese fantasma llega y ahora se es fantasma...

La escuela carcomida por los años, sus paredes de tapia aún fijas, recubiertas por el indeleble eco persistente de espíritus; recuerdos imborrables del miedo que aún deambula en sus entrañas.

Por ahí correteaba Fanny como de costumbre, juguetea y se esconde tras las viejas columnas; de repente, una imagen desfigurada ha desvanecido su sonrisa y su algarabía, aumentaron sus pulsaciones, un calor paulatino descontroló su frágil cuerpo, aumenta, con el transcurso del tiempo, afana su paso vacilante a casa. Días vertiginosos, noches repletas de pesadillas, delirios que desesperaban a la madre. ¿Cómo encontrar la solución a este misterio que nos aniquila?

La curandera se sentó en su casa y esperó, presintió la llegada de alguien, alistó remedios y ramas secas, se tomó un café tibio, cogió un bejuco por su punta, extrajo su savia buscó su poder mágico... la madre colocó a la niña en la desgastada butaca de la vieja sabia, ella empezó a derramar sorbos de su boca sobre la cabeza ardiente de la pequeña, la confabulación del ritual engendraba oraciones fervientes en su nombre. Su presencia se elevó, transitó surcos oscuros llenos de enredaderas, por donde animales salvajes la acechaban para dar el zarpazo; corría desesperada... buscó refugio en los brazos de la curandera, como si al abrazarla se acabaran sus dolencias y sufrimientos; esta vez el misterioso poder del aguardiente, el tabaco y también de la ruda se debilitaron al manifestarse en el cuerpo de la anciana; vencida e impotente caminó entre sus humildes y antiguas cosas, meditó tras su fracasada sabiduría; asombrada, miró de una manera extraña y dijo: "la niña está muy desvalida, lo que ellita tiene es muy fuerte; yo no me comprometo a curarla".

La madre y la niña descendieron por la escarpada calle, por donde caminaron los incontables días. La fiebre y la niñez abandonaron el cuerpo de Fanny; sin

embargo, en ocasiones siente que alguien la mira y acompaña sus pasos de mujer*.

2.6 CURIQUINGA

Cuatro veces se golpeó a la puerta en vano, siempre se aferraba entre los dedos la ilusión de encontrarlo, se contemplaba esa posibilidad; llegamos al parque, las personas caminan de un lado a otro; se identifican los aspectos de ese alrededor, la iglesia colonial, el olvidado viejo de la pila y el pueblo encerrado en la pintura colorida de un mural. Todavía no se inventaba el tiempo de encontrarlo. Se desciende la gran cuesta, hasta encontrarse con la humareda de los carros, topándose con un mundo de humanoides que en su afán cruzan, doblan las esquinas, sin conocer el incierto momento que la vida depara. Parecía que el destino advirtiese algún indicio insospechado.

El sol invitaba a sentarse en las bancas de la plaza principal, su calor se atenuaba al observar la triste imagen de Eladio, con su rostro en silencio, en la mente se pincelan laberintos oscuros, interrogantes sobre el absurdo de lo humano... bajo la gran fotografía, los pasos inesperados de Josías; era imposible que después de haber esperado ese instante durante meses se dejase escapar la oportunidad.

Dobló la esquina, se corre tras él. La escena del encuentro por fin se dio: era evidente que no se lo esperaba, se notó en su vacilante sonrisa. En segundos se construyó con palabras un ambiente fascinante, envolvente como una liana cuando abraza con sus ramas. Se resuelven inquietudes y se retoman apartes de la historia. Así hablaba don Josías:

“Más arriba, en la Curiquinga, una piedra grande donde antes habitaban las curiquingas, esos pájaros grandes, blancos, que andaban volando como las golondrinas y se ponían a pelear, en el aire, algo así como a echarse picotazos, cuando una pareja de novios estaba peliando.

Yo le preguntaba a un abuelo, ¿por qué aquí se llama Nido de Buitres?, y él decía que antes aquí había cóndores, y ¿'ónde?, le decía yo, y él respondía que antes todo esto era una fría montaña. Y cuando yo era niño mi papá me llevó a sacar calostro, como de costumbre cuando nacen los terneros, pero él se olvidó de traer

* Fanny Molina Ibarra, edad 40 años, oficio auxiliar de guardería, escolaridad grado noveno, Anganoy.

el de manear la vaca, me dijo quédate aquí y verás el ternero, que yo voy a traer el rejo.

Cuando yo estaba ahí, llegó un pájaro bien grandote y yo me tiré a las ramas, el pájaro cogió con esas patas y se llevó al ternero, y yo me digo: un gallinazo es difícil que se alce un animal pesado; ese era inmenso.

Llegó mi papá preguntando: ¿y qué, el ternero que te dejé?; le dije: no está, se lo llevó un pájaro grandote. ¡Ah, carajo!, ese cóndor ha de 'ber sido que se lo llevó.

Y desde ahí me quedó grabado que antes había cóndores, que siguen habiendo cóndores; pero, más arriba, no son negros sino como con visos cafés; que antes también habían venados, conejos, puerco espines y la gente los ha ido acabando”.*

2.7 HISTORIAS DEL TÍO EUCLIDES

Cerca del rancho casas, rumbos llenos de historia de la vida familiar y comunal. Los protagonistas de carne y hueso: parientes, amigos, conocidos o seres del más allá. Relatos perennes contados por hombres y mujeres que rememoran las distancias, lenguaje cargado de aforismos que alinean y derriban el tedio de la vida.

Las palabras son varitas mágicas que permiten apropiarse del cosmos, permiten construir otros lugares y poblarlos, contar es descubrir el encanto y la fascinación que hay en todos los seres y en las cosas. Esto fluye en las palabras del señor Josías:

“Mi tío me enseñó a contar, a escribir. Aún agradezco su paciencia y la dedicación que consagró a familiarizarme con las palabras, con cada uno de los sonidos y las letras, vocales o consonantes. Me dio las herramientas para fijar sobre el papel cuentos que están hechos de todo lo existente y de seres del más allá. Podía relatarnos mil veces la misma narración y en cada ocasión era nuevo y más encantador al oído. Concierto de palabras de carne y vida, realidad, memoria y sueños. Yo le prometí que en cada encuentro celebraríamos con sus relatos.

* Josías Lión Barrera Botina, edad 52 años, oficio constructor, estudios universitarios, presidente junta de acción comunal, Anganoy.

Al tío Euclides tocaba comprarle un tabaco para que alegre con sus cuentos; sabía contar que él había hablado con la luna y uno, de muchacho, decía ¡tal vez es cierto!, porque, en las noches, al mirarla en lo alto del Galeras, parecía que dentro de ella estaba un hombre gigante como arrodillado pidiendo perdón; al hombrecito se lo llevó la luna porque no le gustaba trabajar; el tío conversaba que esas lomas que se ven allí en la luna, como una persona, se llaman Juan Jaragán, y a los que no trabajaban la luna se los lleva, de castigo, junto a él. Por eso, siempre se debía trabajar.

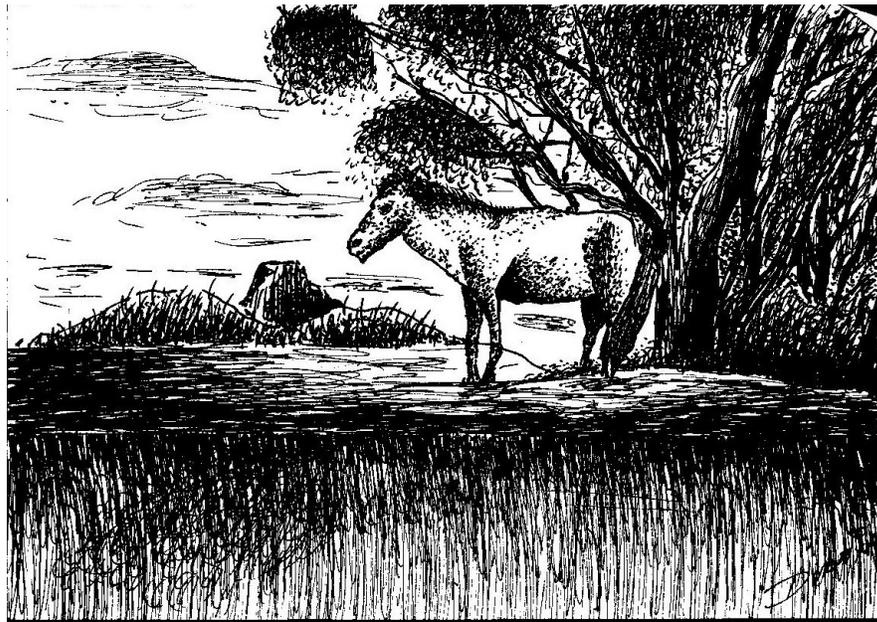
También contaba que el cueche era un paso para subir o bajar y por ahí iba una culeca con dos pollos amarillos, paseando por los diferentes colores; decían que eran de oro y que caminaban desde el caliche llamado Las Dos Puertas hasta una chorrera de Tescual; el tío decía: don Sofonías, al darse cuenta del brillo de los pollos, salió tras de la culeca, pensando en que si lograba atraparla, no tendría que trabajar más. Cuando él pegó el saltazo para cogerla, esta desapareció y don Sofonías, estirado en el piso, miró algo deslumbrar al final del cueche: era la gallina que se metió con sus dos pollitos en un perol grandote lleno de oro.

El tío Euclides acababa un tabaco y en seguida encendía otro para seguir hablando – muchachos, oirán bien lo que les voy a decir: las semanas santas son de mucho respeto, y hay que guardarlas, no pelear, no hablar en voz fuerte, ni trabajar, pues verán lo que le pasó a misia Rosalba, ella no creía en eso, ni rezaba ni se arrepentía; los vecinos sabían decir que ella era una hereje, porque nunca se la veía en misa. Sólo se la llevaba haciendo cururos de lana para vender, hasta bien tarde de la noche. Un viernes santo, sin pensar en la hora, ni en el frío, ella siguió haciendo sus cururos y al sentir unas voces se asomó a la ventana. ¡Ah!, dijo, ha sido esa procesión que viene por la loma; se regresó y siguió armando sus ovillos; ya era bien de noche, ya ha de 'ber sido de madrugada, cuando al ratico le golpearon la ventana y dizque le pasaron un velón blanco y le dijeron: “mañana a estas mismas horas lo vengo a recoger”. La viejita, de ver eso, cogió y se fue acostar, y había dejado la vela al lado de su cama; pero, al otro día, en vez de encontrar una vela, lo que ella halló fue una canilla de muerto; entonces, con temor, se fue donde el padre López y él le dijo: m'hija ¿por qué recibiste el velón?, esa era la procesión de la otra vida; ahora lo que va a venir es a traerte, y para evitar esto lo que tienes que hacer es conseguir un niño bautizado y cuando lleguen a golpearte la ventana la abres rezando la Magnífica y con el niño marcado en tus brazos, entregas la vela y echas el agua bendita. Misia Rosalba hizo lo que el padrecito le recomendó; los espíritus se desaparecieron, y desde eso ella se volvió muy creyente en Dios Nuestro Señor.

El tío Euclides respetaba mucho la semana santa, por eso seguía contándonos: Bien antes había una mujer casada y que dizque estaba con un padre, y dicen que

en semana santa las mujeres que son así se vuelven mulas; han de creer, así nosotros la mirábamos. Lo peor es que ella era conocida, y uno decía: ¿cómo, esa señora?, porque no era tan vieja y los hijos de ella eran amigos míos. Mi mamá me sabía decir que no ande con ellos porque la mamá era mal ejemplera y también ella decía: que las mujeres que andan en malos pasos con hombres casados y peor con un padre, seguro que en semana santa se convierten en mula y nunca su vida va a ser tranquila.

Figura 4. Mujer mula



El tío Euclides recordaba las palabras de doña Clara, cuando le hablaba de las guacas y los infieles que antes se desenterraban. Un día, ella le había preguntado a su mamá:

- ¿Qué será que arde allá abajo, en ese eucalipto chiquito? Allí arde una cosa de para arriba colorado.
- ¿Por qué no la señaló?, ¡no ve que es una guaca!
- Yo qué sabía que era una guaca.
- Otro día que la vea arder, la señala con un palito.
- Yo, bien mandada, porque uno cuando es guambra es tonto, lo que a uno le mandan uno lo hace, entonces, así fue, cuando la vide, la señalé, le puse unos palos al ruedo, justo donde había ardido, – y ahora me indagó ella:
- ¿Te dará miedo para ir a sacar?
- Me da miedo, mejor búsqense un hombre sencillo o llévenlo a don Gumersindo y verán que sí la sacan.

Al otro día, mi mamacita y dos hombrecitos se fueron con las palas y los azadones a pistiarla, cavaron, cavaron hasta que la sacaron; había sido una olla amarilla de esas de oreja de oro; y don Marcial, uno de los que ayudó a desenterrarla, antes de que lo vieran, rapidísimo se había metido un puñado de monedas debajo de la ruana, se despidió y se fue y han de creer, muchachos, a los tres días apareció tieso en su cama.

Verán, las ánimas sólo dan las huacas a quienes ellas escogen y uno no tiene por qué ambicionar lo que no es para uno.

Es bueno compartir lo que se tiene de más con los que necesitan, no ser egoísta, ni tacaño, eso es lo que siempre los papases nos enseñaban antes, pero a los que sabíamos oír y por eso ahora les enseño yo a ustedes.

Mis papitos tenían un pequeño terreno, donde sembraban haba, repollo, lechugas, y papas. La mamita trabajaba vendiendo todo lo que la finca les daba y el papacito se dedicaba a la siembra toditicos los días, desde el alba.

Un día el papacito estaba cosechando un colino de arracacha, y en esas que lo saludó un señor alto, viejo, y que 'zque era lleno de barba blanca; lo había saludado bien amablemente y le había preguntado:

– ¿Qué hace?

Aquí cosechando unas arracachas, para llevar de diezmo una mata a la iglesia. ¿Y usted de dónde es?, yo no lo he visto por estas partes.

– Yo soy un hombre que va de paso y tengo mucha sed, ¿usted me puede regalar un vaso de agua?; ¡ah! no, usted está ocupado, ¿no?...

– No, no, vamos a la casa, es aquí nomás, cerquitica queda.

Y así fue, el papacito lo había llevado al señor hasta la cocina, le dio agua y café con pan y entre conversa y conversa el viejito le preguntó:

– ¿De quién es esa vaca flaca que se ve desde aquí?

– Esa es de nosotros, la compramos para hacer la cría, pero le dio un achaque y parece que se va a morir.

– No se afane, de aquí a un tiempito, esa vaca le dará buenas crías y abundante leche y en su parcela brotarán buenas cosechas.

– Dios lo oiga, le había contestado el papacito.

El señor se despidió y se había ido a una de las fincas de don Adiodato; ese señor era el que más tierras, ganado de leche y gallinas ponedoras tenía.

El viejito le había dicho a don Adiodato lo mismo que a mi papacito y también le había pedido algo de tomar.

El señor, con braveza, le había contestado:

– Yo no doy a nadie, pida en otra casa, que harto me ha costado trabajar.

– Sólo le pido un vasito de agua

– No, no, no me moleste, estoy muy ocupado, váyase a otro lado, por aquí ni moleste.

Al cabo de un mes a don Adiodato se le fueron muriendo los animales, se hizo a muchas deudas, hasta quedar solo con una finca, ¡uhhhh!, estaba arruinado, sin sembrados, ni animales. Mientras que mi papacito tuvo muchas cabezas de ganado, no pasó más necesidades, compró más gallinas, puercos. Todo en ese tiempo fue bueno.

El papacito recordaba siempre la visita del viejito, aunque el nombre ni lo conoció; pero él estaba seguro que el Señor Dios andaba en esos tiempos por el mundo vestido de limosnero y llenando de bendiciones al que le gustaba compartir”.

2.8 LUZ Y SOMBRA

Recuerdos que quebrantan y a la vez curan el alma...

Era escéptica antes de la tormenta. Pero él viene, como relámpagos y truenos, despierta los sentidos dormidos, esa voz resuena en su conciencia como un golpe de látigo, sus grotescas palabras envenenaban el lenguaje, las riñas y el disgusto opacaban las vidas, se renegaba del pasado y del porvenir, como ciega caía en el abismo insondable.

El, guiado por una voluntad inexorable, llegó de improviso, saltó sobre ella con los brazos extendidos, la tomó, su voz la rodeó, un rayo ardiente le quemó la piel, su vida, como la selva sombría y tenebrosa, fría tristeza de los fragmentos de hielo, ansiosa en busca de un aliciente escucha su alma, va a los brazos de su madre. Empezó a creer en la verdad y a prescindir del juego de palabras hoscas, de

repugnantes vocablos, desapareció el disgusto, su madre se apresura, recoge sus disculpas.

Recupera la clara visión, recobra la bondad, atraviesa las ráfagas para percibir momentos divinos, no imaginó que en ello encontraría los rayos delicados del sol, la plenitud, jardines repletos de orquídeas, perfume que alivia el corazón y aleja las lágrimas, siembra en ella lo justo. Ahora, sentirse entero, empezar a hacerse de solemnidades y veneraciones...

La voz que relata abre un mundo:

“Que yo recuerde... era más o menos el año de 1990. Desde el patio de la casa se alcanzaba a escuchar la trifulca; cómo no adivinar que la protagonista de este nuevo caos era mi mamá; no vacilé ante el ejercicio de la severidad, no reprimí mis palabras ofensivas contra mi madre, le grité fuertemente: ¡entrante, vieja loca!, determiné empujarla, hasta lograr entrarla; no cesaban mis duras palabras contra ella. La luz del día se fue apaciguando y también los sinsabores, concilié el sueño como si nada hubiese pasado. Erizada pisé la gelidez del suelo, en un momento inferí que me vigilaban, despierta o dormida, no lo sé, lo cierto es que el sopor me dominaba; me alegré de que mi madre hubiera salido a buscarme, cerré los ojos y me volví a quedar dormida; hacia la medianoche soñé con un inescrutable laberinto, donde la naturaleza era madre de monstruos, que me llevaron hasta el dintel de la puerta; el laberinto y los monstruos desaparecieron sin explicación alguna; confusa miré el callejón, la sombra negra se acercaba, me miró, parecía reconocerme, me detuvo el pánico y su mirada profunda me envolvió; nuevamente mi madre venía a rescatarme, ahora la lucha era más fuerte; ella jalonaba hacia adentro y el hombre hacia fuera, ella no entendía ese dibujo invisible y esa lucha secreta; de su boca discurrían fervientes oraciones... la puerta se cerró.

Pero el viajero inmortal persistía en alcanzarme, su mano traspasó el vidrio y abrió la cortina, señalándome con el índice y con su voz de otros tiempos profirió con advertencia: “agradecé que tienes un ángel en tu vientre, si no ya ratos te hubiera cargado”.

Ese retumbo venció mi cuerpo, caí desmayada; al despertar, raudales recorrían mi rostro, y mi vida recuperó el cuarto mandamiento: de rodillas pedí perdón a mi madre.

Figura 5. Luz y Sombra



Al otro día, me levanté un poco antes del alba, sintiendo la vida de otra manera y, haciendo caso a las palabras de mi madre, fui a misa y me confesé; sentí una gran paz al desenredarme de ese horrorizante capítulo. Entendí lo temeroso y difuso del mundo, la existencia del bien y del mal y la existencia de un ángel dentro de mí: mi hijo”.*

2.9 LA ENDUENDADA

¿Se quiere encontrar los secretos de la tierra, lo que oculta el follaje, el agua que golpea pedregales?

Juega, corre, envía el cuerpo de un lado a otro; se chocará con estos amigos, pero no harán daño si no se les tienes miedo.

* Honoria Imelda Zambrano, edad 35 años, oficio modista, escolaridad primaria, Anganoy.

Los dos ahora reirán y correrán, por la vegetación sin flores. Se da cuenta, siempre han estado ahí, cuando simplemente alguien se sienta en un prado a descansar. Son el alma de los riachuelos y de cada uno de los árboles, del viento y del sol, de las reservas naturales.

Siempre, en los momentos más calmados, han estado en las conversaciones, fuera de la casa, junto al bosque en las flores, cerquita del agua; hasta en los sueños de algunas noches, muestran rutas, guían las vidas

Figura 6. Quebrada Mijitayo



Si se habla escuchan, leen lo que se escribe. Ocupan el espacio de diferentes maneras; para ellos el tiempo es vago e impreciso. En este entorno, en la voz de Imelda se relata:

“Decían que una prima, que vivía en San Juan de Anganoy, estaba enduendada y que el duende la sabía llevar a la quebrada Mijitayo, donde nos íbamos a traer leña; ella que dizque decía: ahí hay un guambra que siempre me llama; pero allí nunca nadie había visto nadita.

Todos los días la prima había cogido de irse sola a la quebrada, en pretexto de traer la leña para la casa. Una vez el tío Pedro la vio en la quebrada jugando dentro del agua, hablando y riéndose sola: ¡Ah, p’ahí la Lucía, se alocó!, le dijo al Segundo, y este le había contestado: no, que va crer, todos los niños son así.

Después, ¡ha de crer!, yo mismo miraba cómo el duende les sabía dejar hecho cresnejas a las colas de los caballos; este bandido, no solo estaba en la quebrada, sino también rondaba por la huerta; no ve que, después, hasta la ropa sucia que dejaban en la pila aparecía toditica colgada en las guascas; habían veces que este vergajo tiraba hartísimas piedritas en las tejas del rancho, pero la tía era tranquila, sabía decir: eso, segurito, son las brujas, que se la llevan volando de noche.

Me acuerdo que un viernes la prima nada que llegaba a la casa, se había ido como siempre a traer el guango de leña, pero la tía estaba preocupadísima porque ya era tarde de la noche y la chiquilla nada que llegaba; entonces, de ver que no venía, la tía me dijo: caminá, Juanito, vamos a buscar a la guambra, que no llega; cuando estábamos cerca de la quebrada, ¡Padre Santísimo!, ¡ha de crer!, la prima estaba colgada en un árbol; este sabandija la había amarrado de un chulla pelito en la rama y la chiquilla ya se había acabado hace raaato, y así fue como murió ella, fíjese. Y ¡verá!, ¿qué sería que pasaba con la familia de la tía?, porque el marido de ella murió de una manera bien miedosa. Yo era chiquillito, en ese tiempo, todavía no vivía aquí con la tía; un día, como el marido ya estaba en las últimas, fuimos con mi papacito a visitarlos; ese mismo día habían traído al padrecito para hacerlo confesar, cuando, en esas, el padre le acercó un Cristo bendito, pero él lo agarró y lo mandó lejos y gritaba: sáquemen este hereje de aquí; en últimas el padre tuvo que irse, ¡no lo pudo confesar!; yo estaba bien asustado porque él empezaba a decir: uchi, uchi, uchi, sáquemen estas gallinas de aquí, pero ¡qué gallinas!, ahí no había nada; ratico después me dio por ir al baño, pero yo no quería ir solo; como en ese tiempo no había luz, mi papá y yo agarramos dos mechones y salimos; ni siquiera pude ir a orinar porque, apenas nos asomamos, vimos que en el tejado había un cuscungo que hacía: uuuu... uuuu... uuuu... Yo salí corriendo y me metí a la casa, ¡qué cuentos de ir al baño!, a mí se me quitó la gana. Ese animal seguía haciendo sus miedosos sonidos y se sentía que raspaban las paredes y golpeaban el tejado cuando la tía empezó a gritar: se murió, se murió... Corrimos hasta la pieza y él había quedado con los ojos abiertos y la boca con espuma; lo velamos dos días completos y ¡acaso se podía dormir!, ¡hijiticos, los ruidos miedosos no dejaban!; al otro día, cuando ya se lo llevaba a la misa para irlo a enterrar, ¡Madre Santísima!, el ataúd se voltió y cayó al suelo y se partió; al tiempo se supo que el hombrecito había muerto endiablado. Y eso fue cierto, hel'ahí”.

2.10 LA CASAMENTERA

Llega, pronuncia su nombre; con una moneda de cara y sello, elige al hombre que la acompañará para siempre. Cree conocerla; su corazón late agitadamente y se alarma de espanto al ver sus alcances, por no mirar más allá de su árbol azul claro.

Ella salta, corretea alborozadamente por fincas y sembradíos, en árboles y campos favoritos, juega con las sombrillitas del eucalipto; disfrutando su niñez de estrella, de sol en todo su fulgor, infancia auténtica al lado de sus abuelos.

No entiende sus sentimientos, ni cuán responsable es en su pequeñez, ni sus ganas de crecer para ser diferente a ella. Otros logros, otra vida... Como una víbora que se arrastra sigilosamente, ataca su voluntad y a golpes quiere hacerle comprender su triste suerte de pájaro sin alas. De allí surge el relato de doña Clara Cáez:

“Yo vivía con mis abuelitos; de vez en cuando yo iba a visitar a mi mamá; un miércoles de madrugada subí a verla.

- Ya que has venido, dame llevando unos quesitos donde la vecina Ofelia y le decís que me mande a pagar la cuentica de la semana pasada.
- Yo no voy, vaya vusté, porque yo ni sé cuánto será la cuenta.
- Tenís que ir y si no, pues, hel’ahi, te doy con un palo.
- Entonces yo voy a entregarlo y vusté vendrá a recibir y a arreglar las cuentas porque yo de allá no más me bajo a la casa para cocinar y esperarle la harneada al abuelito.

Yo podía cocinar bien y eso me había enseñado, no mi mamá, sino la mamita Adela; ella me sabía decir que nosotras tenemos que ser bien mujercitas para que, cuando nos llegue la hora de casarnos, no seamos unas carisinas, manilavadas.

Y no ve que antes era mal visto que la mujer sea enamorada; las mamás le conseguían el marido a uno y así le pasó a mí hermana y a mí. Fíjese que a mí me pretendía un señor, que ni siquiera lo distinguía; un día, este que dizque le dice a mi mamá:

- Vea, misia Margarita, yo quiero casarme con una de sus hijas pero, como es el deber, yo hago el compromiso con vusté, para que vusté misma le diga.
- Bueno, don Jesús, yo le digo; vusté sí me gusta para marido de m’hija.

Yo no sabía nada de eso; un día yo subí donde mi mamá y, a lo que iba pasando por donde la vecina Dolores, ella se afanó a llamarme:

- Vea, Clara.
- Mande, señora...
- Yo le voy hacer el favor a vusté de avisarle lo que andan diciendo, porque vusté es guambrita y bien hacendosa.
- ¿Que será, no más?...
- Venga, mira a ese señor de ruana ploma que esta ahí en la tienda: él es el Jesús, el hermano del Valerio, ese es el que la está consiguiendo a vusté, y ya que dizque hizo compromiso con su mamá, doña Margarita.
- ¡Bah!, ¿y por qué?, si yo soy guambra todavía; si Dios me tiene destinada a ser casada, que esté más vieja.

Yo tenía quince años y yo no sabía nada de eso, lo que era enamorarse; no ve que antes había harta inocencia, no como ahora; entonces me dio miedo ir donde mi mamá y mejor me regresé; en esas, se me acercó el tal Jesús y dijo:

- ¡Buenas tardes!
- Buenas.
- ¿Cómo se llama vusté?
- Clara.
- Y la otra hermana, ¿cómo se llama?
- Beatriz
- ¿Usted se va a ir donde sus abuelos?
- Sí, no ve que allá vivo.
- Yo la voy a ir a acompañar.
- No, no, muchas gracias, yo no necesito que me acompañen.
- Vusté parece que es brava...
- No, a yo no me gusta andar con hombres porque eso es malo, y mi papacito José es bravo y mi mamita Adela también.

Un día, que yo llegaba de traer la leche, la Beatriz me dijo:

- Vea, el Jesús esta ahí sentado en ese bordo.
 - ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Para qué diablos un hombre?
 - Vaya, no ve que él se la va a llevar.
 - ¡Yo no voy, ni muerta!, ¿por qué no va mejor vusté, que es más grande?
 - No, porque él la quiere es a vusté, eso me contó la mamá y ella más tardecito va a venir a decirle a vusté.
- Y, cierto, ya de tarde, cuando yo estaba prendiendo el fogón para hacer la comida, apareció mi mamá diciendo:

- Clara, ve, vos ya estás grandecita, por eso yo quiero que te cases con el Jesús sobre todo porque él es bien trabajador y honrado.
- Pero yo no quiero, porque no sé que es eso y me da miedo. Mejor hágala casar a la Beatriz.
- Si él quiere llevarte es a vos, tienes que casarte al querer o a la fuerza, o si no tu buena limpia te voy a dar.

Al ratico ella se fue brava y yo, preocupadísima, le avisé a mi mamita Adela y al papito José:

- Papito, mi mamá me quiere llevar para hacerme casar con el Jesús, ese hombre que dizque es hermano de don Valerio y cuñado de la Dolores, ¿lo conoce?
- ¡Ah! Ya sé quién es. ¿Y qué, estará loca?, ¡uh!, no quiere ver los hijos tranquilos; ¡no, no, eso sí que no!, usted quédese tranquila, a ver si no la caso primero yo a ella; cuando venga, le doy una buena muenda para que se acuerde de mi; usted me avisa, calladito.
- ¡Ah!, sí, papacito, ella dijo que el viernes venía, para ir a la iglesia a ponerle flores a San Sebastián.

Cuando ella bajó, el papacito la encerró y la castigó con un perrero carnejado que tenía unas pepas en la punta, como una rienda, le dio una pisa que hasta la ropa le rompió. Desde ahí, mi mamá me cogió entre ojos. Ojalá se enoje, decía yo, para que no vuelva; pero al ratico, ella me acabó de maltratar, y me decía:

- Tenís que casarte, vamos a ver si no.
- Yo no sé, yo con tal que no vaya.
- ¿Para no más de dormir juntos, ponís problema?
- Yo que no duermo ni con mi mamita Adela, voy estar durmiendo con ese hombre que ni conozco, ¿haciendo qué?

Después de eso mi mamá me dejó de molestar por unos días y yo descansé de eso, no vaya a crer, y hasta descansé del tal pretendiente porque una vecina me contó que habían visto al Jesús y a la Beatriz paseando el domingo por allá en la plaza del pueblo, y yo ¡qué contentísima!, ¡qué gusto!, ¡bendito sea Dios!, ojalá no vaya a venir más ese hombre, que se case y se la lleve.

Pero al fin ¿qué pasaría?... Él no la quiso a ella, no volvieron a salir más; ese hombre estaba empeñado en conseguirme a yo, no vaya a crer.

Un sábado, mi mamá me llevó a la iglesia engañada; yo pensé que solo íbamos a rezar pero, cuando llegamos, ya todo había estado listo y nos hicieron la ceremonia; yo no pude salir corriendo por respeto a la iglesia y al padrecito, pero ni escuchaba el sermón, sólo pensaba en el miedo que me daba para dormir con ese hombre.

Al salir de la iglesia, el Jesús me dijo:

- Yo la voy a llevar al Cebadal, donde mi mamá, para que ahí vivamos.
- Yo por qué, yo no voy, yo ni conozco dónde será eso, mejor déjeme aquí por unos días y después ya nos vamos.
- Bueno, pero en ocho días la vengo a llevar.

Yo tenía unas amigas donde sabía ir a trabajar mi papacito; una de ellas era la señorita Rosario; ella me había mandado a llamar para decirme que vaya a trabajar arriba, a San Antonio, donde ella tenía su parcela; yo, contenta, al momentico acepté y me fui con ella, con tal de librarme de ese hombre... Y él, de ver que no lo esperé, se había largado lejos, no sé para dónde, pero para mí mejor, me libré de ese diablo, dije yo.

Después de tres meses, había vuelto a averiguarle a la Beatriz:

- Avíseme dónde está la Clara; a mi me da pena, yo me fui a andar y nada consigo con andar andando.
- Yo sí sé dónde está pero no lo llevo.
- Lléveme, yo le pago.

La Beatriz, al fin, no le había dicho nada, pero se veía que el hombrecito sí me quería harto porque había seguido averiguando y un día llegó donde yo sabía cuidar las pocetas de los pescados, darles de comer a los pajaritos y a las loras hablantinas (¡qué lindas que eran!); esa mañana me asomé al filo de la casa; cuando lo vide parado en la esquina corrí a contarle a la niña Rosario:

- El tal marido está allá afuera parado, segurito me ha de venir a traer.
- No, no, no, no te vas a 'cer ver, escondete; ahora verás, lo hago insultar con la patoja.

Y así hizo ella, sacó a la lora al perfil para que lo llame y lo insulte; yo escuchaba que la patoja decía: “tonto, mudo, caballo”; la Rosarito y yo nos reíamos bien maliciosas, pero de verlo que se iba cabeciagachado y triste, me dio pena.

Pasaron ocho días, cuando mi mamita Adela llegó toda angustiada a la casa de la señorita Rosario y dijo:

- Yo la vengo a traer, porque su hermanito la extraña mucho y se está todo angarillo y se está acausatando.
- Eso sí me da harta pena, pero yo no quiero ir porque si yo voy segurito allá llega el Jesús y yo no voy a servir a ese tonto, tampoco quiero dormir con él.
- Pues no sale, m’hija, se queda ayudando en la casa por lo menos un tiempito, piense en el chiquillito; además, el José dijo que si lo miraba al Jesús cerca de la casa, lo iba a sacar corriendo.

Yo sí estaba bien enseñadísima con la señorita Rosario (qué buena qu’era ella), pero triste, triste agarré mis cositas, mis tres chilpas y me regresé con la mamita; cuando llegamos a la casa, había estado malísimo el hermanito, porque él era bien amartelado a mí y elsito me dijo:

- No se vaya más, no ve que yo me voy a morir porque no hay quien me acompañe, no me llevan al potrero a pasiar y ni a mi potrico me lo mudan (yo lo sabía montar en el potrico que le dio mi papacito y lo sabía llevar a pasiar).

El Jesús me sabía andar rondando, pero yo me escondía; un día yo tenía que bajar a traer agua, allá al aljibe y él había estado ispiándome, me vio y me vino hablar, le escuché no más porque yo imprudente no era, yo me apegué y me preguntó:

- ¿Por qué se fue y no me esperó?
- Es que no lo quiero, yo no quiero que vusté ande conmigo.
- Pero si ya somos casados con la bendición de Dios, ¡cómo va a crer!, que no va a querer reunirse.
- No, no, no, no, no; si quiere irme a ver, me ve pero de lejos; yo ir a dormir allá, no.

Él había arrendado una casa y había tenido todo listo acá arriba y me dijo: yo ya le tengo buscado una casa, para no más de estar yo, usted y el guambrito. Yo me

puse a pensar en que los papacitos ya estaban muy viejos y no podían hacerse cargo de mi hermanito, por eso yo me fui con el Jesús para no pasar necesidades, porque yo no tenía trabajo.

Y así fue como nos reunimos, a los tres años de casados; él no nos hacía faltar nada y trabajaba harto, él era para mi como un papá; él era bueno hasta con mi hermanito, por eso yo ya aprendí a quererlo; nunca me decía un carajo. Tuve el primer hijo a los dos años de habernos reunido pero, en la vida que llevamos, Dios nos llegó a bendecir con catorce guambritos”.*

2.11 ME VIGILAN

Era admirable el relato del duende, narrado en tantas ocasiones y a través de tantas voces, como la de los abuelos, los tíos abuelos, los amigos, los vecinos, la gente de la ciudad y el campo; para doña Clara, era tan significativo, parte de su vida, de su propia experiencia; cada sonido de su verbo traía consigo la musicalidad del convencimiento. Para ella eso no era una simple historia, el duende era su amigo, el cómplice de sus juegos, un niño más, una realidad convertida en narración.

Se equipara su existencia de niña con la de otros que eran ahora quienes compartían vivencias con aquel pequeño travieso de ojos y cabellos claros, con cascotes en lugar de pies y que hace parte del mundo tangible, como lo afirma doña Clara en su relato:

“Sabíamos lavar papa, entonces yo bajé una carga y le dije a uno de los muchachos bájemela no más, y el haragán me la deja tirando en el pozo la cuartilla de papas y yo que estoy sacudiendo el costal cuando sentí el golpe de dos piedras en mi espinazo, tiradas desde allá arriba; entonces yo alcé a ver, cuando lo vide parado; él es delgadito, largo, sí, pero angarillo; tiene un sombrero pero enorme, y me estaba señalando con el dedo. Le dije: no me tire piedras, ¿para qué?, si yo voy a lavar la papa, y nada te voy a ‘cer, y, ha de creer, ¡por la noche llegó a la casa!, y le dije yo al marido: levántese que el duende me está siguiendo; el esposo, apainatado, dio la vuelta y siguió durmiendo; yo, desesperada, porque hacía ruidos feísimos, le dije al Franco: ¡caray!, levántese para que lo azote, ¿qué, no escucha todo ese estruendo que hace? Entonces, tanto hacer, viene y se va el marido bien mandado, hel’ahi, cogió mi chalina y le dio; el duende bandido salió achilado; eso ha sido buenísimo, no vaya a pensar,

* Clara Luz Cález, edad 88 años, oficio tejedora, escolaridad tercero de primaria, Anganoy.

coger la ropa que uno llevaba puesto ese día y azotarlo, así lo ahuyenta y ni más molesta”.

2.12 CÓMO AHUYENTAR A LA VIUDA

Doña Clara ahí, sentada en su acostumbrada butaca; con su ternura, su carisma, sus ojos que permitían conocerla, cuenta tan sosegadamente historias que exaltan, que estremecen, que espantan. Se acostumbró a vivir entre los espíritus, inmersa en el sueño de mágicos matices, en una realidad que existe y no existe, descifra en las miradas el secreto que alberga y aflige al caminante.

Su figura, trastocada por el paso de los años, aún enérgica se impone cuando se encuentra rodeada de sus nietos y les manifiesta sus vivencias y, por momentos, se extasía al recordar algún lugar, algún nombre que florece y emerge repentinamente en su lenguaje. Sus palabras armoniosas y dulces son pociones de tiernos hechizos. A sus oyentes los atrapa en su sortilegio, se persigue su sonrisa, el sin par tono de su voz de carismática abuela llena de tesoros sapienciales, que de nuevo refiere:

Figura 7. Doña Clara



“Nos fuimos a sacar la leche y nos ‘bíamos ido muy breve; subíamos con mi guambrita, las chiquillas y mi Edilberto, que siempre me acompañaban para aprender el oficio. A mitad de camino, él me dice: siga más adelante, siga no más que yo voy a prender este tamo; no, m’hijito, no prenda, le contesté yo, porque a estas horas es malo; él no hizo caso y se fue a prenderlo y que dizque al voltear la había encontrado parada a la Viuda; ella aullaba y aullaba y le había mostrado los dos colmillos y el chiquillo gritaba: mamita, mamita, esperemé, ¡vea, la Viuda me sigue!, pero, yo ya estaba por llegar a la choza y las chiquillas decían: que miedo, mamita, ¿qué sería que le pasó al Edilberto, que está gritando?; entonces, echaron carrera; les dije: espérense, no tengan miedo, esténse aquí en la choza que yo ya vengo. Y cuando ya lo vide a m’hijito, todo espantado, le alcancé a gritar desde acá: no se asuste, ella no hace nada, hágale tres veces la cruz en el suelo; ¡uh!, yo no puedo, decía, y de ahí yo me acerqué, le hice tres veces Padre, Hijo y Espíritu Santo, al momentico desapareció, causa haberle hecho la santa cruz, y no la volvimos a ver, porque es buenísimo hacerle la cruz en el suelo. Cuando ya estuvimos en la choza, les dije: cojan la peinilla y póngala parada allá en el umbral, para alejar a los espantos; esos son secretos que la mamita Carmen me enseñó, ¡y no se vayan a olvidar, m’hijitos!, así se ahuyenta a la Viuda”.

2.13 EL CALLEJÓN

¿Imágenes o ilusiones?... en el silencio, a lo lejos, ahí están en la mente, entre la nada, aparecen y desaparecen cubiertos de sombra, desafían lo infinito, la mortalidad, divagan en una línea paralela, buscan juegos en los intersticios del cosmos, escuchan las palabras, los quejidos, los lamentos de los existentes; se burlan de ellos, con carcajadas descoordinadas imperceptibles al oído.

Figuras antropomorfas o amorfas, que transitan fugitivas, se lucen en la noche voraz, algunas disparan dardos de maldad, otras prueban su benevolencia y otras, con ansia desmesurada, rastrillan su salvación.

Doña Clara ha podido entreverlas, sentir su permanencia, su huir despavoridas o mariposear, infringir otros estados. No ofenden su mirar, le enseñan otras formas de vida, que hay más allá; desde su isla silenciosa claman, lanzan escupitajos de dicha o quebranto. ¡Ahí ella va a ir!, se lo dicen los sueños que desvanecen su entendimiento.

Desde allá se deslizan, se desplazan, vienen a reclamar su lugar en la tierra, su hora precisa, su instante de gloria, no aceptan interferencia humana en su recorrido arcano. Si ellos así lo quieren, arrebatan a los hombres por medio de un

acervo de sufrimientos para divinizarlos, perfeccionarlos o proporcionarles una muerte cercana, para llevarlos a su mundo, volverlos al inicio. Y, entonces, en su voz, doña Clara ofrece este relato:

“Un viernes santo mi abuelito José me habló, yo fui y despacito me decía caminá, asomate aquí a esta rendija, para que vías algo, ¡uhhhh! usted a que es que me despierta a estas horas; esperate, vos como no creís, tené el ojo ahí puesto y después preguntas. Pero es que, a mi me da miedo la oscuridad; calla, calla, ya vas a ver, es no más pa'que conozcas.

Yo no creía eso, hasta que puse el ojote en la rendija por hacerle caso al papacito, no más; estando en esas, justo a la medianoche, que escucho un estruendo, como arrastrando latas y jalando cadenas, a esas horas yo vide el carro; es miedoso, los focos de adelante van rojos y los de atrás van negros, vienen tres cucos adelante y tres atrás y el que gobierna viene en la mitad; se los ve de la cintura para arriba blancos y de la cintura para abajo negros, como carbón; son esqueletos, no son como nosotros; eso es verdad, por eso yo doy razón; no vaya a creer.

De eso testigos hay hartos; verá que don Evangelista, cuando era negociante y bajaba a vender sus papitas al mercado, tenía la costumbre de quedarse bebiendo guarapo. Un día viernes, chumado, bien tarde de la noche y pasando por el callejón, que dizque dijo: voy a descansar, y se quedó ahí, sentado en la orilla; y al ratico que 'ezque escuchó un bullicio feísimo y el hombrecito, al alzar a ver, ¡lo había visto bajar al carro de la otra vida!; él gritaba que lo favorezcan y los hombres del carro le decían: estas horas no son horas de andar vos, estas son horas de andar nosotros. Él, del susto, se había desmayado, pero, ha de crer, hasta el otro día había estado tirado en el potrero, inconsciente. El nos contaba y lloraba, decía que el rosario que llevaba lo había salvado; el rosario es buenísimo, por eso se favoreció y se libró de que se lo carguen en cuerpo y alma; ese fue santo remedio, ni más bebió, pero, ¡uh!, hel'ahí, después de un buen tiempo se alocó, y nadie lo podía visitar, porque se había vuelto bravísimo; ¡nooooo!, a él tuvieron que tenerlo encerrado, cosa que, sólo aguantó un mes, se murió sin comer nada, hel'ahí; eso es malísimo, ese carro, que pasa por el callejón, que iba de aquí a Mijitayo, no vaya a crer”.

2.14 CAVANDO, CAVANDO

Decisión de un alma, algo que está por encima, filósofo de la oscuridad, espíritu de los buenos y justos; se puede tener tan poca vida pero prolongarse en ayuda,

dar una felicidad que permanezca como huella, su más oculta voluntad, su necesidad de otorgar beneficio, deseo, aurora matutina en una negra noche.

Yació, cayó a tierra, emprendió vuelo, pero una vez despierto llamará desde lo más profundo de sus pensamientos. El viento perfumado; aunque separados por un puente de ilusión, los arroyos lo dirigen, llegará.

Grita con portentosa voz que resuena en el universo: no lo escuchan, se impacientan en su espera...

Llegó la hora de hablarse, soplos, sonidos, ¿como podría hacer algo?, tender la mano y ser un águila gris; no quiere asustar, sólo está fatigado en la entrega, difícil queda contemplar su dolor. El aire sacude su cuerpo, las palabras se desmigajan, ella entiende el llamado y presta acude para asir la dádiva.

Luego él partirá en el tiempo ligero, a la dichosa soledad... Y dejará que doña Clara cuente esta historia:

“Don Patrocinio era un viejito ciego que vivía cerca de la casa, y él me sabía decir: m’hija, vendrá a acompañarme pa’que me ayude a hacer la chicha. Bueno, le decía yo. En esos tiempos era prohibido vender la chicha, pero el resguardo a él no le decía nada y yo siempre subía a acompañarlo, porque me daba pena, aunque él era un señor bien arriesgado, andaba solitico en la ciudad, y de allá se subía toditica la cuesta, cargado al hombro los bultos pesados.

Figura 8. Casa de la Beata



Frente a la casa había tres matas de altamisa, con las que él hacía sus aguas de remedio; después de tomar sus agüitas y brindarme, subíamos al soberado; era grandotote y estaba pero llenito de cosas, en un lado había una tulpa y alrededor varias ollas de barro; yo las miré toditas, entonces, bien curiosa, le pregunté: ¿qué hace con toda esa plata que hay en esa ollita? Esa es plata para gastar, decía él. Antes no habían reales, sino el medio, el cuartillo y los cinqueños; un día me dijo: los cinqueños los voy a dejar en una olla de barro, enterrada en ese montón de ceniza, y esos son para usted; cada día le voy a ir poñendo, poñendo, y cuando yo esté para morirme la viene a sacar, verá.

Yo, después, me quedé trabajando con mi mamita y no volví a subir por harto tiempo a ayudarle a trabajar; por eso, no supe cuándo se murió; pero, ¡ha de crer!, ¡no me dejaba dormir!, eso iba y me jalaba los pies y me derrumbaba de la cama; los abuelitos me sentían llorar, pero yo no les decía nada, porque antes había harto respeto, no como ahora; al otro día, me dijo mi papacito: ¿qué es que te pasa, hija, que lloras toditicas las noches? A mi me ha dado miedo avisarle a usted porque es bravo (porque, cierto, antes, ¡cómo nos castigaban!, y ¿de qué?), es que todas estas noches viene el finado Patrocinio a derrumbarme, jalándome para que vaya a sacar una guaca; entonces, el papacito me preguntó: ¿cómo así?, ¿qué guaca?: yo le contesté: es que él me dejó una ollita llena de cinqueños, de ver que yo le iba a ayudar a trabajar.

Era bien tarde de la noche y el papacito me dijo: caminá, te llevo cargada y mostrame dónde está la guaca; yo no quiero que me cargue, vamos así no más; yo sentía que el finado me llevaba de la mano a sacarla; entonces le conté a mi papacito y él me sopló un poquito de aguardiente con ruda y me dijo: te pones una ruana y vamos; cuando llegamos justo a donde estaba el montón de ceniza, ¡ha de creer!, me había querido dormir y en esas el finadito me dijo, en el sueño: ahora ya te entrego tu deuda y me voy salvado, porque yo estaba con pena pensando que vos no ibas a sacar tu platica. Entonces, el papacito, cavando, cavando, como a eso de la media noche la logró sacar.

Mi papacito agarró la olla de barro que tenía una tapita bien linda, llenita de hartas monedas; nos sirvió hartísimo ese dinero, compramos una buena remesa, me compraron una vaca para que yo y mi hermanito tomemos leche a diario; y a nosotros nos compraron de a un solo saquito, porque antes no se gastaba la plata en vano; ahora es bien diferente, ¡uh! y ahora quién va a regalar así de fácil el dinero”.

2.15 DONDE YO VIVÍA

El destino que arrastra sin consultar decisiones; así desembarca don Lucho en Anganoy hace bastante tiempo; ahora, recuerdos antiguos vienen a su memoria, vuelve a ser joven entre el calor de las cañas de azúcar, de los platanales y de las casas de bahareque de su infante pueblo de Piedrancha.

Sus ojos se ubican en el alborozado sainete del último año escolar, en el piloso y sagaz Tulio, que tomó el papel de diablo para representar el bien y el mal, en su rojo disfraz, en la cola y los destellos luminosos que ésta originaba en cada estallido de totes y diablillos. ¡Vaya!, ingenioso disfraz, ¿Cómo haría para no quemarse?...

Las luces y sonidos cubrían de alegría a los rostros de los concurrentes, al instante; clamaba veneraciones, aplausos... ¡que viva el diablo!, ¡que viva el diablo!, ¡que viva el diablo!...

Un viento de inseguridad cubre, el pulso titubea, se rehúsa a escribir, el alma se estremece, la memoria fugazmente arrastra el recuerdo de la curiosa adolescencia, convoca ánimas, la güija, juego de espíritus o niñas, que busca respuestas, tentadas por criaturas transparentes y débiles que enmarañan el cuerpo. Situaciones que hacen inclinarse al respeto que esclaviza, terrible maestro que enseña el gran temor.

El regocijo y los cumplidos cubrían el parque y las carcajadas continuaron hasta el final del agasajo.

Cerca de la medianoche la tregua había llegado; cada uno en su júbilo se dirigió hasta su casa, que adornaban los extremos del frondoso parque; la hora estaba próxima para el siguiente espectáculo.

En el escenario real, la temperatura aumentaba gradualmente, como si el sol regresara, o como si en su rebeldía osara y desafiara el orden cósmico.

El calor impulsó a don Diomedes hasta la puerta, lo convierte en el testigo primordial de la escena: la fatiga dejó correr sus gritos: ¡se quema, nuestro pueblo se quema!... Ya no estaba solo, la multitud lloraba, sin comprender el acto, los árboles perdían su follaje entre las llamas; “el amo del mal” hacía su presencia, exhibió su rostro, su fuerte torso de león, sus cachos y su cola difundió los destellos de fuego, al mecerse entre los cedros...

Las palabras de don Luis, aún empapadas de su verdad, conferían corrientazos de miedo, que circulaban en el fondo de la piel. ¿Vivencia o quimera?, lo cierto es que el espanto estaba ahí internado; ahora no se sabía si continuar, escuchar; para luego transcribir el relato.

Más allá del festín encontraron otra verdad. En la iglesia, el patrono del pueblo, San Miguel Arcángel, soltó la espada; las campanas repicaron, las fervorosas oraciones se hicieron escuchar a coro. Todos los viernes al caer la tarde la misa fue consagrada*.

2.16 EL SOLIMÁN

Dinero, los hombres lo aman, le cantan; en esta vida, exclusivamente muestran notable impaciencia por conseguirlo o resguardarlo; obsesionados al buscarlo pierden amores, amistades, dignidades, existencias.

Huacas, colchones llenos de dinero, avaricia, astucia, iniquidad, espantos que desde el más allá vienen a impedir que se lleven lo que “les pertenece”. Todo en su nombre, dinero.

Dinero atesorado, vino exquisito, amigo que escucha, que logra, que divulga, que atañe; mujeres, comodidades, rituales extraños, contaminación de cerebros, infección que se propaga, muerte en vida, en ocasiones, como lo dice el relato de doña Mónica:

“Cuando las huacas arden alto es que tienen bastante dinero y cuando arden bajito la guaca es pequeña. Arden las huacas como cuando se echa un fósforo en la gasolina.

* Luís Castro, edad 65 años, oficio albañil, escolaridad primaria, Anganoy.

La gente que era pudiente guardaba olla y alhajas, había entierros, gente que tenía mate, o sea pagaban las monedas por mates; no contaban diez, ni veinte, de la abundancia; esa plata era como verde, de arrumbrada”.

Patrocinio Tabla contaba que cuando él fue niño vivía en una casa de tapias y el piso era de tierra, a la moda de antes; entonces, ellos dormían ahí; él dice que por las noches no podía dormir porque él sentía calor, como si estuviera dormido en un horno y su piel estaba amarilla, amarilla; sus papás sabían decir: ¿por qué será que el niño se está amarillando?

Don Nectario se sentó en la cama, para ver si él sentía lo mismo; dijo, claro, aquí quema como si ardiera una guaca, entonces, arrastró la cama para el otro lado y se puso a escarbar y escarbar; al viejo loco se le metió en la cabeza que segurito ahí había una huaca, tanta era su obsesión que hasta a la abuelita la había puesto a escarbar con otra palendra. Claro, ahí había habido un zurrón de plata; entonces, cuando él ya destapó eso adentro, no sacó el zurrón sino que él, bien tontico, mete la cabezota en el zurrón de cuero de vaca; ahí había tenido plata blanca, de esa antigua, y la ambición de sacar esa plata, el hombre quedó enchurado, tieso, paralizado y encogido; ahí, en el hueco, el solimán lo mató y la señora que le estaba recibiendo de un lado las cosas, gateando, toda desesperada, salió de rastra a gritar y pedir auxilio a los vecinos; como este era un pueblo un poco alejado de la ciudad, la llevaron en la berlina de don Botina, porque ella ya estaba de muerte; ella contó que el Nectario estaba sacando una huaca y lo encontraron encima del zurrón de plata. Ese había sido el motivo del calor que le hacía al Patrocinio allí, por eso no lo dejaba dormir. Después unos conocidos que hacían este oficio, la sacaron y se la entregaron a la señora, que quedó enferma, intoxicada”.*

2.17 ENTRE CHARLAS

Sin haber precisado el sitio ni la persona específica, se decide continuar; la tormenta no impedía la búsqueda; frente a la plaza un grupo de personas se divertía en su acostumbrado juego de los fines de semana.

Él estaba tímidamente arrimado a un pilar exterior de la casa comunal, Don Francisco echaba un vistazo a la caída de las cartas; en su actitud se denotaba la gracia que le causaba el juego. Entre tanto, se caminaba a su encuentro, cada vez más cerca; la súbita presencia lo intranquilizó; de repente miraba con

* Mónica Jojoa, edad 50 años, oficio ama de casa, escolaridad primaria, Anganoy.

asombro, tal vez preguntándose ¿a que vienen?; frotaba tembloroso sus manos, comenzó a ladear su cabeza de un lado hacia otro, proyectaba una sonrisa retraída en su rostro; ahora la pieza infinita de miradas que se cruzan imaginan un por qué; eso complicaba las cosas, pero decididamente se saluda y pide, a pesar de la evidente situación, que refiera algo sobre su vida en el pueblo de Anganoy. Él levemente levantó su gorra, su mirada consternada hacía más difícil el momento, no comprendía la situación. Se buscaba decir algo que al mismo tiempo lo convenciera y lo tranquilizara, hallar el justo valor de las palabras en un momento dado.

Luego, pausadamente, a medida que el tiempo desfilaba, se reconstituía el sosiego e iba emergiendo el paisaje de otras épocas que acrecentaron el cosmos y elevaron los pensamientos. Hoy, se mantiene la sensación de haber pasado días enteros bajo el efecto de su relato, que así fluye:

“Cuando el pueblo era más solitario y necesitábamos de la ruana para cubrirnos del frío que se colaba por los espacios, cuando los cucos deambulaban entre el ganado y los sembradíos, en esas noches aucas, de trabajo sosegado, ahí estaba el compadre Otoniel en su soledad, con su cara recubierta por el polvo y la somnolencia de tres noches sin descanso; en su afán de acallar las voces internas, que lo asechaban, sintiendo las ráfagas impetuosas que azotaban sus oídos y se confundían con los aullidos de los perros, nuevamente entre los ramales el llanto persistente e inconsolable de un pequeño, que delataba abandono y afanaba la búsqueda de Otoniel quien, entre la oscuridad y los matorrales, no veía más que sapos y bichos silvestres; mientras tanto, el llanto pegado a sus oídos traía a su recuerdo las sabias palabras del abuelo: “al escuchar el llanto constante de un niño, ansiando consuelo entre las desérticas tinieblas, no te asustes, no tiembles, ve por un pilche de agua y confabúlate con la madre tierra, realizando el ritual del bautizo, llamando al pequeño Juan o Juana, en invocación de Padre, Hijo y Espíritu Santo: así dejará de ser un niño auca”. El abuelo conocía el poder de la invocación y de la fe, sabía que sólo así podría convertir esta situación en un reto con un fin agradable.

Entonces, el pilche con agua fue arrastrado hasta el lugar, los ritos consagrados apagaron el llanto y llenaron de orgullo a Otoniel por salvar una almita”.*

* Francisco Guáquez, edad 52 años, oficio agricultor, escolaridad secundaria, Anganoy.

2.18 LA VIUDA Y SUS ANDANZAS

Fuerza fugaz, emisaria del desorden, que esparce las semillas del pavor; debajo de su negro manto, trae mil conjuros; desdentada, mal trajeada, precipita a instantes miserables.

Sin refugio, con deseos latentes de diseminar esa imagen, al querer escapar de esa lluvia imperiosa, corre por las aguas fangosas, que ahoga gritos y lamentos.

¿Dónde estaba toda la muchedumbre que habita el mundo, en este momento, momento revelador de aciertos? Era un peregrino sobre la gran penumbra, quería salir de ese viajero círculo.

Con esfuerzo aterriza cerca de su rancho; después de escarbar cumbres peligrosas, las luces del pueblo vagamente alumbran los prados vecinos, en el relato de Don Luis:

“Un día, cuando crucé el parque de Obonuco, me encontré con un amigo y me entretuvo tomándome unos tragos, hablamos y tomamos; como ya era tarde de la noche, decidí venirme; yo venía por el camino conscientemente pero me había extraviado; cuando me desperté, sentado en muro de ladrillo, donde quedaba la bocatomá, llevaba un pie con alpargata y el otro sin nada y también cargaba unos tabacos y una botella de Galeras; yo había oído que el aguardiente era buenísimo para alejar los espíritus, pero mentira porque de ahí me tomé un poco y sentí que alguien venía siguiéndome; me largué, viendo para todos lados, llegué a la casa que decíamos del finado Pascual; creí que estaba ahí pero mentira, me habían llevado a los tres chorros; luego me ví sentado en un matojo de hierba, ahí tome otro poco de aguardiente, me lo tomé y de aquí sí dije: “voy, cojo hueco abajo y salgo allá al rancho”, y total me fui a despertar donde ahora queda el barrio Los Rosales, tenía metidos los pies en el agua y estaba limpio mojado; ahí ya me desperté bien, había bajado por una cequia de Mijitayo que bajaba para el molino y pude llegar a la casa a las seis de la mañana. Así, le cuento, esa fue mi experiencia con la Viuda”.*

* Luís Eduardo Meneses, edad 65 años, oficio pintor de fachadas, escolaridad primaria, Anganoy.

2.19 EN COREA APRENDÍ A CURAR

Un día cualquiera en la hoja del almanaque pueden venir a él, que sanará los males del alma que atañen al cuerpo. En recintos cerrados o abiertos, aquí o allá, donde lo busquen o él asista, con el elixir de oraciones se encontrará el equilibrio, se restará el dolor, se restaura la fortaleza.

Sentirán un poco de frío cuando Don José pose sus manos sobre el dolor; sin embargo, después el calor invadirá el cuerpo para la curación y su voz descubrirá la fe, que adormilaba en él.

Siempre hay un sitio para este multiplicador de amor, su voz madura y calma, soplos de libertad, tibieza de palabras anaranjadas, antiguas, sabias, aprendidas en esos años cuando...

La guerra de Corea necesitaba guerreros de todas las naciones, hombres dispuestos a vencer o apagar su vida entre disparos.

“Esa noche, como de costumbre, volvimos a reunirnos en la esquina, pero jamás pensé que ese sería el último día de una juventud llena de diversión entre amigos. Fuimos quinientos a luchar y solo llegamos aquí veinte, cuando ya habían pasado quince años.

Tenía 19 cuando me tomaron; el viaje fue muy largo, no teníamos ni idea dónde iríamos a parar; cuando al fin llegamos, cada uno de nosotros agarró su mochila y nos instalaron en un pequeño cuarto lleno de catres; todos los días nos levantaban muy temprano para prepararnos para la guerra, salíamos con fusiles y todo nuestro arsenal; así pasaban los días allá en Corea, entre batallas y tiroteos. Todo el tiempo teníamos que estar listos, hasta en el sueño, para defendernos.

En una de esas batallas, me pegaron unos tiros y perdí la vista; la pierna me había quedado suelta y esos muchachitos me curaron, de una manera extraña, sin nada de lo que utilizan los médicos; la vista me iban a curar y les dije: esa déjenmela ahí de recuerdo para decir que he venido acá. Los niños eran nativos de ahí, de la montaña uno era de siete, otro de nueve y otro de doce años, eran distintos a los humanos, eran bien blancos y flacos, de ojos penetrantes; ellos me enseñaban a

curar a cambio de la alimentación que me daban en el ejército; me decían: danos de tu alimentación, nosotros te damos de la nuestra, el wido (el wido era un animal parecido a una culebra, bien rico, mejor que la gallina), y te enseñamos lo que somos. Yo era cariñoso con ellos y se enseñaban conmigo. Ellos me indicaban cómo era de curar sin necesidad de tanta cosa:

- Aprendes así: cuando están tullidos agarras los machucas y ellos abren las piernas. No olvides que allá arriba hay uno que cura, él es el que sana todo, ¿sabes quién es?
- ¡Claro!, mi Dios es el único que hace eso.
- Acuérdate del que está arriba, él te perdona todo.
- Sí, eso siempre lo he sabido.
- ¡Ah!, entonces sí, con esa fe, los arreglas, los vendas y ya. Cuando están enfermos de los intestinos, debes ubicar el sitio del dolor, colocar tus manos, tocar y hacer oración.

Yo voy a curar al que me necesite, a donde sea, voy a todas partes, donde me lleven, hasta el sitio donde esté el enfermo que no pueda moverse; como Dios nos ha dejado enseñado, que tenemos que hacer el bien a todo el mundo; poner todo su poder y pedirle a través de la oración que los levante, porque Jesús, cuando estuvo aquí, ¡cuánto que hizo en todo este mundo! Yo, hasta hoy, hago como ellos me enseñaron y en diez minutos quedan curados los que vienen con fracturas, desviaciones de la columna o cualquier otra enfermedad, pero eso si tienen fe.

Yo no apañé dinero, sino la voluntad del paciente, lo que me quieran dar; esa era la mentalidad que los tres muchachitos, mis maestros, ellos siempre me decían: “no vayas a recibir montones de dinero, no lo olvides; si no, no curarás a nadie”.

Cuando tuve que regresar, los chiquillos se quedaron muy tristes, pero ellos me dijeron que nunca me iban a dejar solo y yo los miro, palpable, en mis sueños, como estaban allá, no hombres sino muchachos, conforme eran, y les pido ayuda para alguna curación y estos niños extraños, quizá ángeles, que me regalaron el secreto para curar, hasta hoy me guían”.*

* José Rafael Botina, edad 107 años, oficio curandero, escolaridad primaria, Anganoy.

2.20 LAS COLUMNAS DE LA IGLESIA DE ANGANOY

Especial manera de construir: cuento, mito o leyenda; hablantes que confirman los sucesos, vida en las columnas, óseas presencias, esto traspasa los linderos de su racionalidad, su pensamiento cobra un vuelo especial, recrea historias repletas de fechas y acontecimientos inciertos, infructuosos.

Grandes maestros de oficio, que no logran desmontar las explicaciones, entretejer los cabos sueltos; no existe una primera persona que testifique esa realidad, que confirme lo ocurrido y descubra la interioridad de ese gran receptáculo de imágenes, devociones y rituales.

¡Ay!, se fuera la memoria de lo ocurrido, para convertir los secretos escondidos en símbolos evidentes. De aquí se desliza el relato de Don Segundo:

“Justo cuando pasaba por la capilla y al mirar sus muros recordé que sus columnas eran más bajitas y qué orgullo decir que fui yo y el Neftalí Guáquez los que trabajamos en los arreglos. Uh, también me acuerdo del susto macho que nos pegamos...

Vera, ¿no?, ese día llegábamos a las siete de la mañana a empezar la obra, arrinconamos las sillas y sacamos toda la herramienta que habíamos llevado para el trabajo, pero para que, si antes de empezar a abrir las columnas el padre nos pidió el favor de reparar las goteras del cuartico donde él dormía; nos demoramos toditico el día, porque también nos tocó pintarle la pieza, y quedó bonito, hel’ahi.

Al otro día, al albita yo pasé por la casa del Neftalí, y nos fuimos a la iglesia y entre ambos decíamos: ojalá que el padre no nos ponga hacer más cosas, a ver si acabamos esta semana con los arreglos porque en la otra semana tenemos que ir donde el compadre Meneses; ¡claro!, si no se ha de enojar, hola, decía el Neftalí.

Buenos días padrecito, dijimos; nosotros esperamos que nos dijera algo más sobre los trabajos pero, qué de buenas, nos dejó solos en la obra porque, justo ese día, el padre tenía que irse, ¿a dónde sería?

Figura 9. Iglesia de Anganoy



En esas se ofreció abrir las columnas, ¡juepucha!, ya estábamos cansadísimos y al llegar a las tapias yo miré algo raro y lo hablé al Neftalí: vení, vení, vení, hombre, vení a ver esto que hay aquí; miramos con todo el cuidado y eran huesos largos, como de un hombre grandote; sabrá usted, habían sabido meter los hombres antiguos, se los encontraba ahí, huesos sequitos, secos, a lo largo, habían unos grandototes pero, como no íbamos de mala intención, no nos pasó nunca nada.

Mucho tiempo trabajamos en la capilla; los huesos quedaron cubiertos entre la columna, ahí mismo quedaron quietitos, al pie de la tapia”.*

2.21 CARRETERA AL GALERAS

En él se hallan condensados el presente, el pasado y el porvenir. En su espacio íntimo asciende tremorosamente el magma, que quiere despertar en continua lava; su dimensión infinita ahonda en tesoros verdaderamente azufrados.

Inmortal se siente, sus formas llevan al infinito y trazan un horizonte entre sueños de ancestros, que ven pasar la nube que cubre los respiros; ardiente su corazón golpea feroz, y calladamente, sus contrastes son el descanso de la vista. Vive

*Segundo León Meneses, edad 65 años, oficio albañil, escolaridad primaria, Anganoy.

aquí y se quedará echado eternamente. ¡Él!, el gran dios, cuidará esos, los grandes sueños.

Oculto, entrañable, perpetúa su vitalidad; cómplice de secretos, canta en las noches claras, con música totalmente natural una alabanza perpetua de origen. A esto se vincula el relato de Don José:

“Lo que yo más recuerdo de mi juventud es cuando se hizo la carretera al Galeras, era bien larga y qué lindo que iba quedando; eso fue harito trabajo ahí. Yo estuve trabajando con los contratistas, jornaleábamos unas gentes de aquí, del mismo pueblo, y gente que venía de otros pueblos; venían de Genoy, Mapachico y varios de Obonuco. Unos cabos sabían estar por ahí mientras nosotros trabajábamos en la carretera, pero nosotros trabajábamos tranquilos, no más...

Pero yo también me dedicaba a gozar la vida; verá, reuníamos plata entre todos y comprábamos cuyes y se los dábamos a las empleadas de ellos y ellas eran las que preparaban, al final de la semana, la gran comilona. Ellas nos hacían los desayunos, almuerzos y comidas y nosotros la pasábamos bien ahí; a mi sí que me gustaba trabajar en esos arreglos de la carretera, se hacía hartos amigos; las empleadas, unas eran boniticas, otras sí eran feongas; bueno, pero no eran carisinas, cocinaban como bueno y otras veces, cuando acabábamos como a las cinco y media o seis de la tarde, nos pegábamos los grandes guarapazos. Y lo peor era que, al día siguiente bien de madrugada, ya iba pasando la volqueta con el ingeniero recogiendo a uno por uno de los empleados, iba pitando por todas las casas y uno ya tenía que estar listo con su pala y su pico y bien encapachado porque ¡hacia un frío!, así como ahora es y tal vez masito porque antes había menos casas. Así, bastante tiempo, trabajábamos construyendo esa carretera; no ve que aquí era un pueblo bien tranquilo, en esos días de 1929.

Aunque, verá, algunos no querían ni oír de trabajar en esa carretera porque ya se iba a llegar semana santa y decían que, en esa semana sagrada, que bajaba el carro que no es de esta vida con los demonios encima. Por eso fue que luego construyeron aquí esa división, en medio de Anganoy y San Juan de Anganoy, esa cruz grandota que se ve desde aquí, esa cruz la armaron y no se volvió a oír más del carro con esos cucos feos encima”.*

* José Alberto Botina, edad 96 años, oficio albañil, escolaridad tercero de primaria, Anganoy.

2.22 TODO TIEMPO PASADO.

Cuando se abre la ventana del viejo cuarto, se desempolvan vidas anteriores, escenas, rumores. Colgadas del hilo de la antigua lámpara, para adentrarse en cada historia, suceso escondido detrás de cada chéchere, de cada prenda con olor añejo, de cada recuerdo, de cada fotografía que revela paisajes de la prolífica tierra con tupidos follajes, florestas, vastos ríos y vertientes variadas.

En la esquina el brillo de la espada deslumbra y grita las guerras, las ofensas, las sanguinarias faenas. Apacigua su voz, la olla de barro que esconde viejas tertulias. El sabor del maíz, curtido en el mate y la cuchara de palo.

Azotes, correcciones entalladas en las grietas del cabresto; tiranas normas de educación que castran la libertad y obedecen a una causa sencilla, la de “formar”, y así, sin negar la rudeza de la acción, convierte la historia en enseñanza viva, abandona el sentido, se embarca en el carruaje de la ira. Hoy nuevas correcciones, nuevas leyes morales.

Cíclica es cada historia, vaivén de buenos y malos acontecimientos, cada vez con otros personajes y otras máscaras, otras voces, como el relato de Doña Flora:

“Yo lo que sí les quiero contar es cómo lo educaban a uno antes.

Verán, los papacitos eran bien estrictos: ellos no permitían que un guambra, se meta en la conversa de los mayores; una vez se me ocurrió abrir la boca, y ¡hel’ahi, papacito santo!, cogió el papá y de un grito me dejó calladita; por eso es que hasta ahora uno es prudente.

Y, ahora, exigir menos, ni antojarnos de nada; uno ¡qué iba a escoger la ropa al gusto de uno, eso no se podía!; los papás, para comprarnos las mudas, nos medían con una guasca la cintura, el largo, y así mismo era para los zapatos; todo era al gusto de ellos; ellos nunca acarrearaban con todos nosotros al mercado; a veces ni nos compraban, porque la ropa que ya no les quedaba a los hermanos, se la ponían a los otros, así uno anduviera bien desgualangado.

¡Uh!, muchachitas, eso plata a uno ni le hacían ver; no vaya crer, no nos daban porque decían que nos enseñábamos a mal; mi mamita nos daba un pite de pan y una chulla naranja para llevar a la escuela, y eso cuando había, si no a uno no le daban nada; lo importante, decía el papacito, es ir aprender a escribir su nombre y a sumar, eso era todo.

En la escuela, la profesora, para dejarnos salir a jugar, nos pedía la pizarra para revisarnos lo que habíamos hecho. ¡Y, eso sí, 'aray!, al que se portaba mal lo dejaban castigado, lo hacían arrodillar sobre unos granos de maíz y con un ladrillo cargado en cada mano y ahí lo dejaban hasta la salida. Las profesoras sí que eran estrictas, porque cuando uno se elevaba, ¡tenga, que le daban un reglazo! , o le tiraban la almohadilla, para despertarlo: deje de ser entumido, le decía la profesora. Por eso debía estar siempre poñendo atención.

La educación, en tiempos pasados, era buenísima; uno se portaba correctamente, no mentía, se obedecía a los papacitos, calladito no más, no se les respondía, porque si uno medio alzaba la voz, lo castigaban bien feo, le daban con unos cabrestos bien carnejados, con palos, o con lo que agarraban.

La honradez era lo primero que le inculcaban a uno; si uno miraba un rial, lo tenía que dejar ahí o se lo entregaba a los papás; antes sí había honestidad, en el pueblo hasta se dejaban las puertas abiertas, las familias salían tranquilas y nada pasaba.

La palabra, ¡si viera!, era bien importante, si uno se comprometía en algo, lo cumplía seriamente, no es que iba a prometer y no cumplir nada; por eso, hasta para comprar una casa o una parcela, no había necesidad de papeles escritos, la palabra sí que valía antes.

Éramos bien educados porque había harta creencia en Dios, todas las noches rezábamos una corona del rosario, y nadie podía dormirse, jugar, ni tampoco reírse, si pasaba esto decían que era el demonio que llegó a tentarlo a uno; debíamos creer con devoción en nuestro Señor Jesucristo o en nuestra Madre Santísima; todos los domingos teníamos que presentarnos sagradamente a la misa, y a los padrecitos qué respeto que era, en la calle o en la iglesia, eso tocaba hincarse y pedirles su santa bendición; los jóvenes de ahora les dicen adiós y el nombre particular, aquí he oído que le dicen adiós Chepe, al padrecito.

Todas las personas desde niños éramos bien formalitos, saludábamos a todos, los jóvenes, cuando vían venir señoras o muchachas, se bajaban del andén para dejarlas pasar y para saludarlas se quitaban el sombrero; hasta para ir a la misa era así, las mujeres íbamos con un velo puesto en la cabeza y con el mejor follón que le tapaba a uno hasta las canillas, no con esos pites de falda y mostrando todo, ¡Virgen Santísima!; lo de antes, eso sí era puro respeto, ¡esa sí era educación! Ahora ya todito es distinto”.*

Figura 10. Hombre en el antiguo Anganoy



2.23 EL AMBICIOSO

Ingenio vivo y pésimo carácter, era fácil descubrir en él su afanoso deseo de ser cada vez más rico. Sus tierras eran labradas únicamente por él y sus hijos; lo inquietaba, más que cualquier otra cosa, Estrellita, su vaca preñada; cada día conjugaba con éxito su cuidado y en las noches velaba sin pestañear la pradera; en el día entonaba feliz:

“Estrellita, tesoro del alma mía,
corre y come por el prado
y mañana dame tu cría

* Flora Botina Meneses, edad 78 años, ama de casa, escolaridad primaria, Anganoy.

porque afán tengo de ver
con mis ojos ese día
de tener ya mis cien reses
pastando con alegría”.

La obsesión de Don Aurelio aumentó al advertir que faltaban pocos días para el nacimiento del ternero; dormía pocas horas. Oyó los mugidos que le arrancaban sus pesadillas; se miró en un pastizal con altos muros, los ascendió, abajo el mar agitado lo arrebató de los riscos y el torbellino lo engullía. La noche permaneció oscura y silenciosa, un fuerte mugido se reveló ante sus oídos; despertó sin aire, corrió por los sombríos potreros, como alma que lleva en pena.

La tenue luz de la luna le permitió mirar con qué se tropezaba; era un gran cuajarón de sangre, con un ojo en el centro, sin forma. Don Aurelio no entendía de dónde apareció semejante cosa tan rara; horrorizado caminó vertiginosamente hasta su casa, despertó a sus hijos y regresó con ellos hasta donde estaba el espectro; la aurora cobijaba sus hombros, sus reses al parecer estaban completas.

No se trataba de un fantasma; el cuajarón aún estaba ahí, cubierto de sangre, visiblemente desilusionado, Don Aurelio se dio cuenta de que se trataba del ternero que él ansiosamente esperaba para completar sus cien reses. En vano, durante toda la noche esperó su desdicha, pues su adorada Estrellita también estaba muerta, había caído al abismo.

Él no hallaba qué hacer, en vez de haber aumentado sus reses a un número de cien quedó con noventa y ocho cabezas de ganado.

Un compadre suyo, al verlo en su decepción, le aconsejó no dar importancia a lo material y acostumbrar compartir los teneres. *

2.24 LA CUEVA

Sus suaves susurros de defensa no bajaban la grotesca vociferación, quería patear sus intenciones; inmóvil, ella era su lenguaje, era en ella, todo lo que debía reprimir. Agitada, desesperada quería desprenderse, arrancarse de sus brazos,

* Ángel Meneses, edad 66 años, oficio carpintero, escolaridad primaria, Anganoy.

pero ella la esperaba, al norte, al sur, al levante, al poniente, a la aurora y al crepúsculo.

En campos abiertos, en los pasillos, la persigue por toda la cordillera, por la hambrienta cascada que apretuja su corazón, muerde su impaciencia, habita su cuerpo, quiere convertirse en su puente de salvación. Vuela, marcha, se aleja. En este entorno surge el relato:

“El año había comenzado, todo era igual, parecía igual, el mundo en sus oídos, el tiempo en su monotonía, caminando sin parar.

El viento y el frío opacaban el sol de la tarde; el destino ya se había confabulado, con aquellos acontecimientos; de repente, en un segundo, alguien llamó a la puerta, preguntaron ¿se encuentra doña Victoria?, lo decían unos muchachos asustados, con voz entrecortada. Sintiendo un vacío se atendió al llamado: ¿qué desean?, estamos aquí para servirles, se respondió.

Como era usual, se atendía a los niños para llamarles de espanto, pero aquello que los había traído era algo muy diferente; llenos de miedo preguntaron: ¿usted es la abuela de Nathaly?; sí, yo soy su abuela Victoria, respondió; lo que pasa, dijeron los muchachos, es que su nieta esta allá atrás en el huayco tirada, delirando y convulsionando.

Al escuchar esto, la abuela Victoria entró asustada a la cocina a buscarme; entre temblorosas palabras se limitó a decir: es Nathaly, está tirada atrás en la zona. Entre sustos y admiración todos me miraban y, sin decir nada, me comprometían a acudir al llamado.

Salí apresurado con los muchachos, preguntándoles qué pasaba; todo se escuchaba, pero nada se entendía; únicamente quería llegar al sitio; tratando de controlar todos mis sentidos; le pedí a un amigo que me acompañara.

Algo agitado, cuando faltaban algunos metros para llegar, distinguí entre diez y doce personas; supe que eran estudiantes por sus sudaderas azules.

Al mirar el cuadro más de cerca, todo parecía sacado de un sueño irreal, a la izquierda se encontraba una niña de unos trece años, Angie Carolina, sus ojos no

se distinguían, no movía su cuerpo, ni su cabeza, nada, no respiraba, parecía muerta y nadie la atendía; a su lado se encontraba otra muchacha de cabellos claros y rizados deliraba, decía que un señor se la quería llevar, ella suplicaba que no se lo permitían.

Me sentí impotente, la vida nunca me había preparado para aquella situación; entre la confusión, mis ojos buscaban a Nathaly, pero no la encontraba; en medio del silencio, alguien me dijo, está por acá. La encontré trastornada, llorando tras una inmensa piedra, hablaba de una joven que, según ella, se la quería llevar y se sacudía diciendo que la ayuden. Al ver esto, mis ojos se aguaron y sólo pude abrazarla, buscando que se tranquilice; sin embargo, ella no paraba de llorar y sacudirse de repente se desmayó, le toqué su pulso, se sentía alto, el corazón le palpitaba rápidamente, me sentí aún más intranquilo porque su reacción era anormal en comparación con las demás.

De pronto una señora, al mirar esto, replicó: “No perdamos tiempo, llevémosla a la iglesia de sanación, esto es un caso de exorcismo; si nos demoramos, es peligroso que mueran”.

Salimos afanados, tuvimos que sacarlas cargadas entre llantos y delirios y sin poder encontrar un transporte en el sector de la alcaldía, mientras esperábamos, el espectáculo se hacía cada vez más grande, la gente se aglomeraba y de mi parte no se divisaba ninguna solución, yo tan sólo quería llegar a aquella iglesia.

Al asomarse un taxi, apuramos subiéndonos, teníamos que cargar aquellas niñas inertes, sin movimiento. En medio del pánico del taxista y el llanto de las niñas, la señora se dedicaba a rezar, yo sólo quería llegar a la iglesia, trataba de consolar a mi sobrina, todo pasaba en segundos, nada se sentía como lógico, era increíble, ¿quién lo iba a imaginar?

Siguiendo la ruta, divisamos aquel sitio cerrado en guadua, se miraba humilde; nos bajamos del taxi y sin pensar entramos, en medio de la oscuridad apareció una monja y nos preguntó qué pasaba, le comenté que los muchachos habían visitado unas cuevas, por el sector de la cantera en Anganoy, donde encontraron unos huesos, luego empezaron a convulsionar, alucinando visitas de extraños que pretendían llevárselas.

El tiempo se había estacionado al entrar en la iglesia, calmando un tanto los ánimos, en el ritual de la misa, todos esperábamos, buscando un consuelo, una

solución; mientras tanto una señora, que al parecer colaboraba en la iglesia, sacó una botella pequeña, se la pasó a la monja y ella les ungió el aceite en la frente, haciéndoles una cruz.

Al acabar el sermón, el padre y todos sus acompañantes se acercaron haciendo comentarios; al darse cuenta que las jovencitas estaban poseídas, el padre mandó a traer el libro de los exorcismos; al escuchar estas palabras, todos quedamos fríos y terriblemente asustados, esto era algo serio, no era ningún cuento.

Se recomendó separarlas en las esquinas del templo, para poder tratarlas; el sacerdote abrió aquel libro y empezó a leer unas oraciones, mientras en mis alrededores contestaban, hablaban de perdón, ayuda y exclamaban súplicas.

La señora del hábito miraba tranquila el llanto de mi sobrina, la tranquilizó ungiendo aceites en la frente, en el ombligo y en las manos; todo parecía que estaba pasando cuando de pronto aquella tranquilidad se rompió cuando la monja preguntó: ¿Cómo te llamas? Y mi sobrina, con una voz diferente, respondió con seguridad: me llamo Alexandra; la monja inmediatamente me preguntó: ¿cómo se llama la niña?; Nathaly contesté. Todos quedaron mirándose unos a otros; en ese segundo me sentí frío, paralizado y, ¿qué haces dentro de este cuerpo?, seguían las preguntas.

– Ya no quiero sufrir, ya no quiero penar.

– ¿Qué te pasó?

– Lo que pasó es que a mi me violaron, me mataron y me fueron a dejar a esas cuevas.

– ¿Y qué buscas?

– Quería encontrar una niña así como Nathaly para liberarme, y quiero que me ayuden; ¡por favor, ayúdenme!

– Pero debes salir de este cuerpo.

– No quiero, me quiero llevar a esta niña porque su abuelito, que está allá, me dice que la lleve porque ella va a sufrir un accidente y él no quiere que sufra.

– No, no te la puedes llevar, sólo Dios tiene el poder de hacerlo. ¿Crees en Dios?

– Sí, sí, creo en él.

– ¿Sí hiciste tus sacramentos?

– Sí, sí los hice.

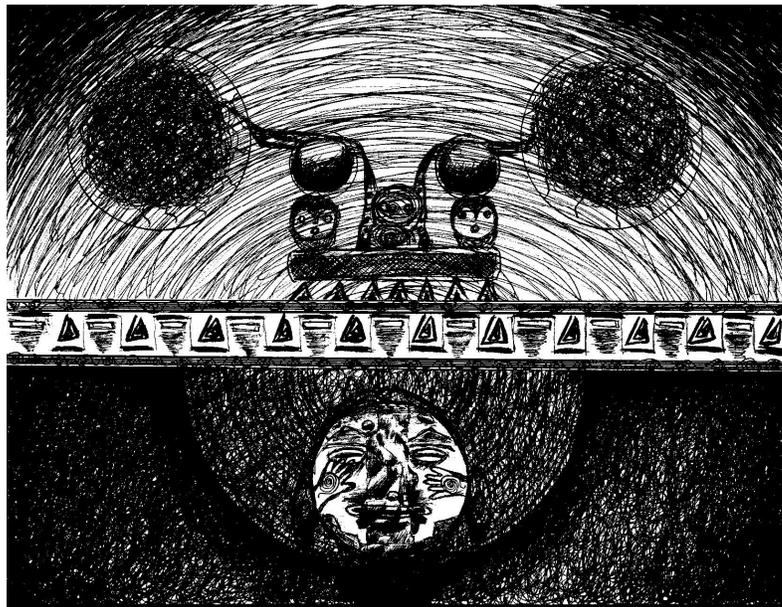
– Repite conmigo: “Dios está conmigo, no me abandonará”.

– Dios está conmigo, no me abandonará.

Después de unos segundos, el cuerpo de Nathaly se paró y una voz de tranquilidad decía: “Ya lo veo, veo una luz, se me acerca, quiere llevarme, ya está aquí” y parándose y extendiendo la mano se desvaneció, mientras el sacerdote pronunció, a la monja que estaba a su lado: “miré a Dios, está aquí”; de mi parte, no miré la luz, sólo sentía la presencia de una tranquilidad increíble, que me llevaba a una nostalgia de llorar sin saber por qué.

Después de esto y de haber tratado a las otras dos muchachas que hablaban, poseídas por otros dos niños que decían estar atrapados en la cueva, todas permanecían calmadas, ya eran ellas mismas, ya no lloraban y, como si despertaran de un sueño, contaban lo que habían hecho al ir a las cuevas; pero, lo que decían y volvían a repetir era que no se acordaban, que habían hablado con las voces de otras personas; después de esto nos despedimos de la monja, el padre y otras personas, entre abrazos y recomendaciones, se prometió un cambio personal y regresar a la iglesia, para curarlo todo.

Figura 11. La Cueva



Salimos agradecidos por todo, después de la desesperación había aparecido la calma; yo, sin embargo, estaba intranquilo, me retumbaban en los oídos las palabras de aquella niña llamada Alexandra, hecho por el cual, a los cuatro días, estaba ahí, frente a aquella cueva, tratando de averiguar aquel misterio”.*

* Dubbynn Aldemar Cález Botina, edad 34 años, oficio artesano, escolaridad secundaria, Anganoy.

3. CONCLUSIONES

Las historias de tradición oral nacieron en las actividades de la labranza, el tejido, la cacería, en las mingas o el trabajo colectivo, en la preparación de los alimentos, en el ir a dejar la merienda o cualquier comida a los peones, en los rituales de las siembras y cosechas, en los descansos alrededor del fogón al terminar la jornada, en el cortejo de las mujeres, en la crianza de los hijos, en los ritos de iniciación, en las visitas a vecinos o amigos, igualmente en el transitar de la vida en comunidad. Sin embargo, la palabra incorporada a la tradición oral y al relato popular ha sido desdeñada por las personas, ya que los diversos medios de comunicación las han devaluado y puesto al servicio del consumismo, cuyos individuos remplazan esta palabra oral y pierden el interés por escuchar y aprender de ellas.

En la cotidianidad, a nivel personal, comunal y de sociedad, se viven diferentes clases de acontecimientos que, en muchas ocasiones y a pesar de su contenido trágico, agradable o de anécdotas únicas, quedan sólo en la mente de quien o quienes los vivencian y luego, con el tiempo, se pierden en el olvido.

El relato y la tradición oral traen consigo una gran carga semántica. Las tradiciones culturales crearon esta variedad de narraciones para formular explicaciones cosmogónicas como también fenómenos sociales.

La reconstrucción y el registro de este tipo de relatos orales interpretan las diferentes historias que se tejen en determinadas comunidades, en este caso en el Barrio Anganoy, relatos que recrean la imaginación y hacen que ellas perduren en la temporalidad.

Ahora bien, se define como tradición oral a la forma de transmitir, desde tiempo inmemorial, la cultura, la experiencia y las tradiciones de una sociedad a través de relatos, cantos, oraciones, leyendas, fábulas, conjuros, etc. Se transmite de padres a hijos, llega hasta estos días y tiene como función primordial conservar los conocimientos ancestrales a través de los tiempos. Desde épocas remotas en que el hombre comenzó a comunicarse a través del habla, la oralidad ha sido fuente de transmisión de conocimientos, al ser el medio de comunicación más rápido, fácil y utilizado, algunas veces como testimonios orales.

La tradición oral ha sido fuente de información para el conocimiento de la historia y costumbres, de gran valor frente a los que han defendido la historiografía como único método fiable de conocimiento de la Historia y de la vida.

En cuanto al relato popular, es una narración breve, oral o escrita, en la que se refiere una historia, tanto real como ficticia, un tanto similar al cuento. Narrar o contar es una especialidad de América y el resto del mundo. El cuento popular se dice que es tan antiguo como la humanidad; también se conoce como leyenda, aunque esta última se halla más bien relacionada con una persona o una comunidad determinada, con un momento, un lugar o un acontecimiento, cuyo origen se pretende explicar.

El relato popular se caracteriza por el anonimato del autor y por haberse transmitido de forma oral. Esto ocasiona que lo contado sufra modificaciones, por lo cual se conocen muchas versiones diferentes de un mismo relato.

Ahora bien, en la antigua Grecia, la educación se enfocaba a la formación general del hombre y del ciudadano (*paideía*) más que a la transmisión de contenidos; prevalecía una educación basada en principios éticos y morales. Actualmente se habla de una educación integral, en la cual se tienen en cuenta tanto los conocimientos formales como los valores humanos. En este orden de ideas, el relato popular y la tradición oral se adentran en la subjetividad del individuo y se encaminan hacia ese aprendizaje en el que predominan las formas de asumir el mundo y hacer del oyente un individuo partícipe del relato, porque lo llevan a comunicarse y a proyectarse como ser en el mundo, ser en relación consigo mismo y relacionado con los otros.

La oralidad, como fuente expresiva, como forma de comunicación es inherente a los procesos humanos de cada día y de cada noche, desde la fundación de mitos y dioses; en los actos cotidianos de cada momento de la vida y de la muerte, la oralidad no es propiamente lo que se conoce como literatura, ya que es anterior a la escritura y no riñe con ella, pues han evolucionado paralelamente y se han afectado de manera recíproca.

Es preciso retomar la palabra como medio primigenio por su herencia mágica y ancestral que permite reconocer la expresión propia de cada región, leer la historia y crear mundos, contar y pintar con palabras, interactuar con los demás, compartir el lenguaje con miras a la transmisión, ya que el verbo *tradio*, que recoge en latín todos los significados del verbo *tradere*, lleva a referir, enseñar, entregar, relatar.

Tanto la tradición oral como el relato popular se han visto relegados, sin advertir la importancia pedagógica que cada uno encierra, como también su contenido cosmogónico. Quizás este tópico se atribuye a la falta de comunicación, de volverse a escuchar, de aprender espontáneamente lo que se cuenta, de formularse un modo de vida basado en lo que decían los ancestros, la sabiduría de los abuelos plasmada a través de la palabra trasformada en relatos populares, historias, leyendas que buscan regular el comportamiento o reacentuar las costumbres de quienes escuchan esas narraciones que surgen de lo vivido, de la imaginación y del ingenio al querer descubrir los enigmas naturales, de sentirse vivo, útil y trascender en el tiempo.

“La memoria viviente, el recuerdo personal, el don del habla, los filamentos vibrantes de la identidad, los misterios del ensueño, la sabiduría intuitiva y los juegos de la imaginación constituyen una parte primordial de la cultura humana. Cuando las palabras se decantan en cuentos, poemas, cantos, rezos, parábolas, mitos y leyendas comienzan a brotar los factores de continuidad que hablan de transformaciones y metamorfosis, de alquimias interiores y topografías estelares que se extienden durante miríadas estelares y prolapsos de siglos y segundos tejiendo la urdiembre de la comunicación sensible proyectando la raíz de los narradores esenciales, lo espontáneo y lo elaborado, lo natural y lo fantástico”.¹

En la literatura oral, el narrador puede recurrir a diversas formas de expresión, de acuerdo a su manera particular de contar y al auditorio al cual se dirige; su tono de voz, la mímica para cada uno de los personajes representados en la historia, la velocidad con que se cuenta, las onomatopeyas contribuyen a hacer la narración más vívida y atractiva y, además, permiten darle los efectos para lograr un auditorio expectante y receptivo al despertar la sensibilidad y recrear su imaginación.

La tradición oral hace parte del patrimonio común y se desarrolla en el corazón mismo del medio que la engendra; se trasmite a través de discursos, cuentos, leyendas, cantos y conocimientos por medio del habla de la vida cotidiana que se entabla en cualquier situación social, la palabra que permite aprender diariamente, sin limitaciones.

El lenguaje hecho relato, canción, cuento, mito, copla o leyenda, refiere modos de conocimiento; estos símbolos hacen parte del imaginario colectivo y expresados mediante la palabra se convierten en oralidad. Por medio del relato oral, el hombre dice sobre su tierra, se une de manera duradera al lugar de sus mayores. Los

¹ RÚA, Juan Guillermo. La narración oral como tradición y descubrimiento. El Espectador Magazin Dominical, No. 327. 16 de Julio de 1989, p. 17.

relatos que se evidencian en la vida cotidiana permiten al individuo anclar el lenguaje en la naturaleza. La palabra transmitida es una certeza de permanencia y, al estar escrita, espera ser leída para rememorar tiempos vividos y traer del pasado abuelos y costumbres.

Las tradiciones orales permanecen en las relaciones sociales y son, en sí, una alternativa didáctica que facilita la conservación del legado cultural; igualmente son herramientas pedagógicas valiosas porque permiten develar y construir la textura social simbólica de aquellos saberes anteriores y asumir ahora nuevos actores y nuevas voces a nivel social y cultural; de esta manera, el pasado no es estático, está siempre en permanente reelaboración.

Todos los días de la vida se tiene encuentros con la narración, y ésta es fundamental en las relaciones como seres humanos; no obstante, al contar y recontar, la narración va cambiando su forma, y conserva su fondo y significación; pero su importancia y aplicabilidad dentro de las actividades sociales se va perdiendo y consigo se alejan los divertimentos del recuerdo, los encantos del cuentero o palabrero como ente educativo. Es decir, en la actualidad el aspecto oral ha adquirido una posición artística de sátira y crítica, antes que primordialmente formativa.

Así, lo oral ha perdido importancia; por ejemplo, los abuelos, en su tiempo, educaban, formaban a sus hijos y allegados con la palabra; además, contaban con ella como el medio más valioso, creíble e inquebrantable; ahora, se han reemplazado por la letra impresa; así, también, a los relatos los sustituyen por los medios informativos, que restringen los contenidos y disminuyen la carga lúdica de la oralidad, por ende extinguen su carga pedagógica.

De acuerdo a Walter Ong, la “oralidad primaria” corresponde a una cultura que carece de todo conocimiento de la escritura o de la impresión; y “oralidad secundaria” sería la cultura de alta tecnología, en la que se mantiene una nueva oralidad mediante el teléfono, la radio, la televisión y otros aparatos electrónicos que, para su existencia y funcionamiento, dependen de la escritura y la impresión.

La oralidad se carga de significación; muy por el contrario, al texto escrito se le debe imprimir esa significación; recrear el contexto y la situación a la que quiere referirse; esto instaura en él ese atractivo; como bien dice García Márquez: que no se escriban historias sino que se canten. Esas historias que se cantan pasan a formar parte de una memoria colectiva.

La memoria colectiva se alimenta mágicamente del pasado, se basa en tradiciones y costumbres, produce reacciones mentales y emocionales que se derivan de la experiencia del interior del ser social, de su ideología religiosa, política y filosófica, entre otras. Esa experiencia la entrega una comunidad, como legado, a un grupo de individuos.

“La memoria colectiva es el proceso de reconstrucción del pasado a partir de sus intereses y marcos referenciales del presente. Así la memoria colectiva es un sistema organizado de recuerdos cuyo soporte son grupos sociales especial y temporalmente situados. Esta no es homogénea, sino que la construcción de sentido del pasado puede enfrentar variadas versiones, generándose un proceso de memoria dividida, es decir la existencia de varias interpretaciones de un acontecimiento que determinan de manera diferente el modo en que este repercute en la comunidad. Es un mecanismo de poder, de control social que aprovecha diversos instrumentos y mecanismos que van desde los recursos individuales hasta soportes técnicos y que pueden adquirir diversas dinámicas sociales”.²

En la memoria colectiva se puede presentar un soporte de versiones heterogéneas, llamadas memorias divididas, las que pueden instaurarse dentro de un determinado grupo o volverse a retomar, de acuerdo a la situación que se esté viviendo, con nuevas significaciones. Las implicaciones pedagógicas de estas memorias buscan que el individuo asuma diversas formas de vida como individuo y como ser social.

A través de la memoria individual, el relator cuenta y se fundamenta en lo que conoce o ha vivido, a partir de los saberes que le brinda el medio o la memoria colectiva. Quien narra no solamente lo hace porque lo hereda de una tradición sino porque participa día a día junto a sus semejantes.

El relato, ya en grafía o en sonido fusionado en la imagen, es un modo particular a través del que se pone en conocimiento la palabra de la comunidad, con el objetivo de hacerlos vigentes. Así mismo, el relato amerita la constante repetición para lograr esta renovación continua y darle sentido a la relación del ser humano con los acontecimientos. El lenguaje es una herramienta, de poder o conocimiento, mediante la cual el hombre llega a ser lo que es y justifica su existencia a través de la palabra.

² ACUÑA, María Elena. Género y Generación en la Transmisión de la Memoria, en: <http://www2cyberhumanitatis.Uchile.c//11macuna.html>.

Cada relato es un mundo a interpretar, ya que presenta posibilidades de pensamiento, de imaginarios. Cada palabra es la dimensión de lo que guarda la conciencia y el subconsciente, lo que se interpreta son los símbolos que también, son texto que contienen significados. Al desarrollar el ejercicio hermenéutico; y no sólo se hace un análisis externo que se encuentre a simple vista, sino también a aquello que permite remitirse a una disposición natural de la conciencia humana. Como bien lo decía Aristóteles: “una de las maneras mas evidentes de la inteligencia son los símbolos”

El término hermenéutica proviene del verbo griego *hermeneuein*, que significa declarar, anunciar, esclarecer y traducir; es decir, que alguna cosa se lleva a la comprensión. Este nombre deriva del dios griego Hermes, el mensajero al que los griegos atribuían el origen del lenguaje y la escritura y lo consideraban patrono de la comunicación y el entendimiento humano.

La hermenéutica es aquello que encierra lo secreto, lo oculto, y lo encerrado, lo no accesible; va más allá de la comprensión simple, se encarga del estudio del significado de cualquier símbolo oculto detrás de la palabra; intenta descifrar el símbolo o significado que ésta guarda y con ello intenta la exégesis el razonamiento profundo que nos acerca a la duda para develar el misterio de un discurso narrado y así acercarnos a esos mundos invisibles.

Ahora bien, en muchas de las enseñanzas cotidianas de los abuelos, por medio de los relatos, se lleva al hombre al conocimiento de las cosas misteriosas del mundo y el ejercicio hermenéutico permite un entendimiento de la naturaleza y, de la misma forma, prepara al individuo para enfrentar algunos problemas de los que se compone la vida. A cada palabra del abuelo el espíritu se abre, presto a captar, aceptar y asimilar algunas realidades complejas, y convierte así los misterios en otra lógica de vida.

“La aspiración fundamental del hombre parece consistir en encontrar el camino hacia sí mismo, aunque para darse cuenta de ello tenga que errar por un mundo que lo rodea y que él no sabe que es fruto de esa aspiración oculta por la tarea de comprenderlo... el hombre... sin percatarse se pregunta por el sentido de su existencia, de una manera confusa, cuando trata de descubrir la lógica de lo que hace... No comprendemos por azar; comprendemos por una disposición primordial de nuestro espíritu. Cuando nos enfrentamos a lo que denominamos realidad, nos situamos, sin otra posibilidad, frente a la interpretación: es decir, valorando, estructurando, disponiendo, afectándonos y reflexionando sobre esa realidad”.³

³ SANDOVAL BARRERA, Humberto. *Hermenéutica de la Cultura*. Bogotá : Unisur, 1994, p. 1.

En los relatos populares, los abuelos incluyen algunas creencias que, en sentido místico o anagógico, tienen como fin la instrucción, que conduce a una forma determinada de vida, “vida conducida por el buen camino”, actitudes regidas por fuerzas sentimentales de relatos que circulan en la comunidad y permiten así su comprensión, aprensión e interpretación.

Ese mecanismo o pensamiento que aproxima al horizonte de la espiritualidad humana hace parte de la imitación de un arquetipo celeste; es decir, que algunos de los relatos que aún siguen vivos, a través de la palabra de algunas personas de la comunidad de Anganoy, contienen trascendencia divina; por ende, no se cuentan gratuitamente, sino que ellos tienen un propósito ideal desde lo divino; es, así, su objetivo guiar y formar.

Para los habitantes de Anganoy, algunos de los relatos populares, las leyendas contienen en su interior un sentido moral, que hace que todos los acontecimientos se encaminen hacia el reconocimiento y obediencia a una divina providencia (Dios); es decir, que los conduzca a un obrar acorde con doctrinas cristiano-católicas que corresponden a un término celestial, trascendente, invisible, pero de un gran valor real, que se manifiesta al ser contado y que es válido en la mentalidad como fuerza, eficacia y duración; y, para ellos, como actos reales, son en la existencia lo sagrado, lo inquebrantable, lo que alcanza respeto y, por ello, se debe tener en cuenta en el obrar.

Dentro del relato prevalece la existencia del bien y del mal; el bien relacionado con la devoción a Dios, a sus santos, la reverencia a los actos sagrados como las misas, los rituales de Navidad y Semana Santa, las fiestas patronales, entre otros, que les permiten vivir en comunión con lo sacro y otorgar paz espiritual. En tanto que el mal se revela en la presencia de duendes, la viuda, el padre descabezado, entre otros, que, de una u otra manera, muestran los actos negativos de cada individuo; por lo tanto, crean y recrean rituales para ahuyentarlos.

El hombre es un ser naturalmente religioso, y busca un fundamento de existencia; es por ello, que acude a entes, diferentes de lo humano, que hacen parte de su cotidianidad, y rige sus comportamientos como individuo.

Según Mircea Eliade, el simbolismo, el mito, el rito, expresan un complejo sistema de afirmaciones coherentes sobre la realidad última de las cosas, sistema que puede considerarse en sí mismo como una metafísica. Sin embargo, es esencial comprender el sentido profundo de todos esos símbolos, mitos y ritos para lograr traducirlo al lenguaje habitual. Si una persona se dedica a tratar de penetrar en el

significado auténtico de un mito o de un símbolo arcaico, se verá en la obligación de comprobar que esta significación revela la toma de conciencia de alguna situación.

Los símbolos y los mitos no tienen valor intrínseco autónomo; un objeto o una acción adquieren valor y llegan a ser reales porque participan, de una manera u otra, en una realidad que los trasciende; el símbolo o el mito aparecen, entonces, como una fuerza extraña que la diferencia de su medio y le confiere sentido y valor; es decir, un mito en tanto toma forma en el símbolo y trasciende a través de la palabra adquiere ese valor; ese mito, ese relato se impregna de una fuerza mágica o religiosa en virtud de su sentido simbólico u origen, que lo hace capaz para intervenir en las actitudes humanas.

Por ejemplo: a la viuda, mujer solitaria que paga alguna culpa y transita a altas horas de la noche, asecha a víctimas, se la representa por una señora con vestimenta negra, rostro de caballo, grandes colmillos y, además, camina en el aire; por lo general se presenta ante los amantes del trago; en este caso, su aparición se hace necesaria para que, de alguna manera, los bebedores tomen conciencia de sus actos y se alejen del licor. Así, el valor de la viuda es invariable.

Al duende, en el imaginario colectivo, se lo reconoce por su gran sombrero, baja estatura y picardía; aparece generalmente en las quebradas, encanta a niñas bonitas, las convierte en objeto de sus jugarretas. De esta manera, la belleza puede apreciarse en ocasiones como algo negativo para quien la posee.

Los mitos, leyendas y relatos populares inciden en los actos humanos, naturalmente en los que no dependen del puro automatismo sino de la calidad que adquieren en los relatos, al ser reproducidos o repetidos por un ejemplar mítico que se nutre de la trascendencia, lo que les permite recobrar vida e influir en la conciencia colectiva; alimentan el imaginario, puesto que la imaginación imita modelos ejemplares, las imágenes los reproducen, los reactualizan, los repiten indefinidamente y hacen que estos relatos cobren realidad y hagan posible el mecanismo del pensamiento tradicional; en otras palabras, los mitos y relatos populares son hechos que ayudan a comprender cómo y por qué algo llega a ser real para el hombre en las sociedades y aún en la actualidad.

“Ciertos mitos y símbolos han circulado a través del mundo, propagados por determinados tipos de cultura, es decir, que estos mitos y estos símbolos no son en realidad descubrimientos espontáneos del hombre arcaico, sino creaciones de un complejo cultural perfectamente delimitado, elaborado y transportado por

ciertas sociedades humanas; semejantes creaciones se han difundido hasta muy lejos de su hogar primigenio y han sido asimiladas por pueblos y sociedades que jamás los hubieran conocido de otro modo”.⁴

En el simbolismo, los personajes míticos hacen parte de las narraciones y se consideran reguladores del comportamiento de cada una de las personas; así los relatos de la comunidad de Anganoy dejan ver figuras deformadas, que encarnan potencias hostiles y destructoras, que evidencian su presencia en actos que revelan la trasgresión de algún tipo de normas morales arraigadas sobre todo en la cultura de dichos habitantes, y los invitan a un mejor comportamiento, y reflejan la visión de la naturaleza y la sociedad de Anganoy.

Estos personajes se albergan en montes, colinas, lugares solitarios, oscuros y tétricos; en pocas palabras, caos, muerte, noche; es la naturaleza su cómplice y el misterio su mejor refugio. Estos seres del inframundo (infraterrenal) representan, a su vez, vidas difíciles, mal llevadas; así, en consecuencia, se convirtieron en peregrinos invisibles del mundo, que aún persisten en la memoria colectiva como un ejemplo inmediato de ética y moralidad.

Los nombres asignados a cada uno de estos personajes proceden de una significación real de circunstancias propias y ocurridas en un momento dado; dichos nombres contribuyen al mantenimiento o permanencia del relato; es decir, la creencia en ellos hace posible su existencia. Esos mundos sobreviven incluso en civilizaciones muy avanzadas. La significación ha permitido que el relato no muera, sino que permanezca desde antes hasta la contemporaneidad de estos días.

Algunos habitantes de Anganoy se rehúsan a abandonar el relato, ya que para ellos hace parte de la esencia del ser, su verdad, por ello crean espacios para hablar o protestar contra los espíritus, o pedirles favores, para entender ese espacio entre la razón y la sinrazón, lo ideal y lo material.

En tanto el espíritu en el ser humano adquiera mayor prioridad, el hombre va a vivir inmerso dentro del mundo simbólico y mítico; aunque sufra algunos cambios o tergiversaciones, jamás va a desaparecer su sustancialidad. El simbolismo revela algunos aspectos de la realidad – los más profundos – que se niegan a cualquier otro medio de conocimiento.

⁴ ELIADE, Mircea. Imágenes y Símbolos: Ensayos Sobre el Simbolismo Mágico Religioso. 3ª ed. Madrid : Taurus, p. 36 – 37.

“Hoy comprendemos algo que en el siglo XIX ni siquiera podía presentirse: que símbolo, mito, imagen pertenecen a la sustancia de la vida espiritual, que pueden camuflarse, mutilarse, degradarse pero jamás extirparse.”⁵

La imagen, en cuanto tal, es un cúmulo de significaciones, es lo que es verdad; tratar de limitar la imagen a una sola significación concreta, reducirla a uno solo de sus planos de referencia, es peor que cercenarla, es arrasarla, abolirla en cuanto instrumento de conocimiento se trata.

Hay un mundo no explorado, metafísico, inmaterial, el mundo de los espíritus, que no se puede ver o tocar, pero que existe en el subsuelo, es el mundo del bien y del mal, que en ocasiones emerge como presencia y se apodera de escenarios, de cuerpos y mentes, para hacerse sentir.

La hermenéutica permite acercarse a esos mundos desconocidos, a encontrarse con ellos, saber que están ahí y llenan el imaginario de cada persona, ya que todo relato popular, de una u otra manera, cambia e interviene para transformar el imaginario colectivo, del que se deriva el imaginario individual.

Los relatos invitan a salir a conocer el mundo y a saber qué lugar se ocupa en él; sirven también como una lente interpretativa para revelar la naturaleza de las vidas humanas relatadas, comprender la complejidad moral del hombre. El buen relato cautiva, amplía la imaginación, ilumina, da posibilidades al pensamiento, al sentimiento, la acción; igualmente, permite tender puentes entre diferentes épocas y culturas y además imaginar y sentir las experiencias del otro, crea excelentes oportunidades del diálogo y, a su vez, fortalece las relaciones familiares y comunitarias.

La tradición oral y el relato popular son parte fundamental en la formación de los individuos. Cada relato da una explicación general de la vida y enseña todo un catálogo de los destinos que pueden padecer un hombre o una mujer, por ello incita a buenos comportamientos, al resaltar lo indebido como causa que acarrea graves efectos.

Cada vez que se escucha un relato popular o de tradición oral, se aprende de él y, a la vez que se aprende, se está forja la manera de verse y entenderse, de ver al mundo e interrelacionarse con él. El narrador, con su palabra, pretende dar luz a

⁵ ELIADE, Mircea, *Imágenes y Símbolos*, Op. cit., p. 11.

los interlocutores para que estos individuos, que escuchan se enfrenten a retos que la vida les propone; incluso, inventen nuevas soluciones a posibles problemas y utilicen el saber obtenido como apoyo vivencial. Los relatos, tanto orales como escritos, aportan importantes mensajes al consciente e inconsciente, estimulan la fantasía y hasta se podría decir cumplen una función terapéutica; permiten un proceso de socialización entre las personas y esto hace que se desarrollen capacidades intelectuales, habilidades y destrezas. La acción ejercida para transmitir y conservar es un ingrediente fundamental en la vida del hombre. La palabra da vida a la cultura, permite que el espíritu del hombre asimile y haga florecer múltiples caminos para el conocimiento.

Es importante resaltar el papel del narrador que, en su mayoría, posee la motivación adecuada para contar y cautivar a un público o a un interlocutor; otros cuentan porque, al relatar, se liberan, se sienten vivos o hacen catarsis; sin embargo, algunos otros a través de la palabra educan.

El narrador cumple el papel de mediador pues promueve situaciones de aprendizaje y seduce a los escuchas con su palabra detallada, para conducir por el camino del conocimiento; coloca en manos del interlocutor herramientas generadoras de una nueva forma de pensamiento, que pueden ser utilizadas en determinadas situaciones. El receptor posee un saber previo sobre algún acontecimiento; sin embargo, el relato esclarece, reafirma, amplía o, en ocasiones, corrige su contenido.

La diversidad de situaciones, que recrea un narrador, se entiende de manera global; igualmente, los esquemas mentales advierten una nueva situación o contenido cognitivo. Primeramente, el relato genera un interés, por la necesidad de saber; además, por el amplio contexto que se abre ante el oyente; posteriormente, por medio de la imaginación el escucha o el lector se embarcan en el texto y vivencian uno a uno sus acontecimientos, para entender la riqueza de su contenido, y asir o aprehender el conocimiento.

Cada una de las narraciones de los habitantes de Anganoy posee, implícita o explícitamente, enseñanzas que acatan algunos niños y jóvenes y llegan a formar parte de su personalidad y a vincularse en los procesos desescolarizados de enseñanza.

Los niños y jóvenes de este sector, con una baja excepción, están prestos a escuchar la palabra persistente, sabia e indeleble de sus abuelos, guardarla en la memoria y apropiarse de ella para luego transmitirla como orientación o

fundamento de la vida. Por ende, los relatos que circulan en esta comunidad son herramientas facilitadoras de la propagación del saber y de los valores.

Saber escuchar es descubrir lo positivo que esconde tras de sí cada palabra; adherirse al encadenamiento de cada una de sus frases es captar su armonía y sapiencia.

Las fuerzas extrañas, inmersas en el oscuro misterio de la vida, llevan al hombre a estar reconciliado con las fuerzas divinas, “la presencia de Dios”; de esta manera, si los espíritus y espantos, que deambulan en la naturaleza, se apoderan del cuerpo humano, en este caso se hace necesario acudir a rituales religiosos para sanar al poseído; de esta forma, el receptor adquiere un nuevo saber.

Para finalizar, se llega a la conclusión de que en Anganoy hay voces que cuentan y cantan experiencias cercanas, que acercan a tiempos pasados y, de la misma forma, permiten compartir con generaciones futuras, sobre costumbres, ideologías y modelos de vida anteriores.

Acatar sus enseñanzas sería decisión particular, pero reflexionar es asunto de todos.

4. BIBLIOGRAFÍA

DUQUE HENAO, María Cristina. Manual para trazar ideas. Bogotá : Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la UNAD, 1998.

ELIADE, Mircea. Imágenes y Símbolos : Ensayos Sobre el Simbolismo Mágico Religioso. 3ª Edición. Madrid : Taurus, 1965.

ELIADE, Mircea. Mito del Eterno Retorno. Buenos Aires : Emecé, 1952.

ESTUPIÑAN BRAVO, Ricardo. Caminando por el Sur : Historias y Leyendas de Nariño. Pasto : EDINAR, s.f.

GALINDO, Mauricio; GARCÍA, Carlos Augusto y VALENCIA, Jorge. Mitos y Leyendas de Colombia : Tradición Oral Indígena y Campesina. Bogotá : Intermedio, 2003.

GONZALES CORTES, Flover Guillermo. Embrujos del Pacífico : Mitos y Leyendas. Cali : Imprenta del Valle, 2003.

GONZALES CORTES, Flover Guillermo. Fantasmagorías : Mitos y Leyendas del Pacífico Colombiano. Cali : Litoncecoa, 2003.

GOYES NARVÁEZ, Julio César. Pedagogía de la oralidad. Bogotá : UNAD, 2002.

LAYTANO, Dante de. El Negro en Río Grande Do Sul, Tercera Parte. Versión: Gonzalo Jiménez Mahecha, Departamento de Humanidades y Filosofía-Universidad de Nariño (Inédito).

LOBATO, Monteiro. Cuentos Infantiles : Las travesuras de Naricita. Tomo 1. 4ª Edición. Buenos Aires: Losada, 1953.

MUESES, Claudio. Mitos, leyendas y relatos de la Cocha. San Juan de Pasto: Empresa Editora de Nariño, 2001.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. Supersticiones y Agüeros Colombianos. Bogotá : El Ancora, 1989.

ONG, Walter J. Oralidad y Escritura : Tecnologías de la palabra. México : Fondo de Cultura Económica, 1987.

PARRA R., Jaime Hernando. Los cuentos de los abuelos : Tradición Oral de los indígenas Siona y Kofán del Putumayo. Quito – Ecuador: Abya – Yala, 1997.

PÉREZ ORDOÑEZ, Miguel Ángel. Cuentos de esto y aquello. Bucaramanga : UIS, 1978.

SANDOVAL BARRERA, Humberto. Hermenéutica de la Cultura. Bogotá : Unisur, 1994.

VANSINA, Jan. La tradición oral. 2ª Edición. Barcelona: Labor, 1968.